

CAMILO BERNERI

LA APOTEOSIS IMPERIAL

GENEALOGÍA RELIGIOSA DEL PODER

Colección *Tiempos Ácratas*

Editorial
Eleuterio

de Grupo de Estudios Clásicos, S.L.





TIEMPOS ÁCRATAS

CAMILO BERNERI
LA APOTEOSIS IMPERIAL



BERNERI, CAMILO

La apoteosis imperial. Genealogía religiosa del poder – 1ª
ed. – Santiago de Chile: Editorial Eleuterio, 2019.

104 pp.; 14×21 cms.

ISBN 978-956-9261-46-6

1.Política 2.Historia 3.Religión

I.Título II.Autor

ISBN: 978-956-9261-46-6

PROYECTO GRÁFICO:

Artes Gráficas Cosmos

IMAGEN DE CUBIERTA:

“Apotheosis of Julius Caesar” de Louis Laguerre (1692-1694)

ILUSTRACIÓN DE PRIMERA PÁGINA:

“Paz burguesa” en *La Protesta* (Buenos Aires)

EDITORIAL ELEUTERIO

Santiago de Chile

<http://eleuterio.grupogomezrojas.org/>

eleuterio@grupogomezrojas.org

Se permite y alienta la reproducción de esta obra.

Impreso en Chile / Printed in Chile

CAMILO BERNERI

LA APOTEOSIS IMPERIAL

Genealogía religiosa del poder

NOTA EDITORIAL

LA PINTURA QUE ADORNA LA CUBIERTA del presente libro es un mínimo fragmento de una magna obra de Louis Laguerre, afamado pintor decorativo que entre 1692 y 1694 plasmó este óleo titulado “Apotheosis of Julio Caesar” en el cielo del *hall* de Chatsworth House, en Derbyshire, Inglaterra. La ubicación no es casual: Chatsworth House es una mansión británica que data del siglo XVI, propiedad de la familia Cavendish, reconocida con el título de nobleza Duque de Devonshire y declarada como una de las familias más influyentes de la aristocracia inglesa. Dicha mansión de estilo barroco y extensos jardines, hoy transformada en atractivo turístico, es un cuantioso repositorio de obras artísticas, quizás el más valioso del mundo “privado”: Da Vinci, Rafael, Durero, Tiziano, Rubens, Rembrandt, son algunos de los artistas que forman parte de su colección.

Ciertamente, la identificación aristócrata con el emperador romano no se debe solamente a que el relato histórico narra las invasiones romanas al sur de Britania (55-54 a.c.) en el contexto de la guerra de las Galias, sino también remite a un lugar común dentro de los imaginarios de las altas clases sociales, a saber, el de situarse conjuntamente a los dioses. Según esto, la trascendencia de Julio César es una memoria que representa el deseo del poder de conservar sus dominios e influencias a través del don divino que justifica sus acciones, elevando su figura como ídolo que retrata la esencia expansiva del imperio como práctica de control territorial y generación de riquezas. Por eso es llamativo señalar que el símbolo de la apoteosis se repita en otros edificios: al entrar al Capitolio, en

Washington D.C., Estados Unidos, se puede observar que la cúpula está adornada con una similar obra pictórica, aunque esta vez se trata de un pintor italiano, Constantino Brumidi, quien en 1865 trazó y pintó en un área de más de 400 metros cuadrados “La apoteosis de Washington”. El escenario sitúa al prócer norteamericano rodeado de divinidades grecorromanas en un circuito que simboliza los valores del progreso, concatenando las fuerzas que lo alzan hacia las esferas de trascendencia divina.

Podríamos enumerar otros casos, pero nos parece que estos dos ejemplos representan la actualidad de la problemática que desarrollan los ensayos que hemos reunido en este volumen. El trasfondo de las exposiciones que plantea el filósofo, recordado ante todo por su militancia anarquista, Camilo Berneri, es ahondar en la relación entre el ministerio de la religión y las instituciones del poder político desde la perspectiva de revelar cómo actúa el aparato estatal en tanto maquinaria de control y captura.

Cabe mencionar que el interés de Berneri por estos temas es propio de las inquietudes anarquistas. Mijaíl Bakunin, como sabemos, subrayó varias décadas antes lo maligno que hay detrás de la alianza entre Dios y el Estado, ampliando con ello una discusión que este libro analiza. Asimismo, desde Editorial Eleuterio decidimos compilar estos ensayos tanto para sumar fuentes en la actualización de estos tópicos como para rescatar al Camilo Berneri pensador y estudioso de la historia de las religiones, y no solo como un polemista del mundo socialista, figura donde se le ha enfrascado. Al final del libro podrán encontrar un epílogo que sumamos a modo de ampliación de la idea de canonización literaria y una breve biografía sobre Berneri. Igualmente, les invitamos a la lectura de “La iglesia y la prostitución”, estudio del mismo autor que publicamos en nuestra serie de cuadernos de cultura y propaganda ácrata.

GRUPO DE ESTUDIOS JOSÉ DOMINGO GÓMEZ ROJAS
Semana Santa de 2019, Santiago de Chile

ÍNDICE

	<i>Pág.</i>
La apoteosis imperial	11
Los héroes guerreros como grandes criminales	23
La Meca	31
El pecado original	35
Divinidades paganas cristianizadas	47
El infierno	51
El culto de los dioses y de los héroes	57
La canonización literaria	63
La eucaristía	71
La crueldad cristiana: La noche de San Bartolomé	79
El Vaticano	87
EPÍLOGO: La invención de Santa Filomena <i>Por Josep Verdura</i>	91
Nota sobre la vida de Camilo Berneri	96
Fuentes documentales	101

LA APOTEOSIS IMPERIAL

EN SU LIBRO SOBRE LA GALIA ROMANA, Fustel de Coulanges¹ hace observar que el Imperio romano no se mantuvo con la fuerza, sino con la admiración religiosa que inspiraba a las poblaciones sujetas:

Sería cosa sin precedentes en la historia del mundo que un régimen detestado por las poblaciones hubiera durado cinco siglos... Nadie podría explicarse que treinta legiones del Imperio hubiesen podido obligar a la obediencia a cien millones de hombres.²

Si obedecían era porque el emperador, personificación de la grandeza romana, se veía unánimemente adorado como una divinidad: “No eran los cortesanos quienes adoraban al príncipe, era Roma entera. No era solamente Roma, también la Galia, España, Grecia y Asia”.

Aunque pueden hacerse muchas objeciones a la tesis de Fustel de Coulanges, es necesario reconocer con él que “es imposible atribuir todo esto al temor y a la esclavitud”, y que el culto del emperador fue uno de los más poderosos sostenes del dominio romano.

¿Cuál es el origen de este culto? Precisamos buscarlo en Oriente y en la orientalización del Imperio Romano.

El Oriente concedió honores divinos a sus reyes. El carácter religioso de la autoridad soberana; por el escaso contacto entre

1. Nume Denys Fustel de Colanges (1830-1889) fue un historiador francés. (N. de E.)

2. Cit. por G. Le Bon, *Psychologie des foules*, Alean, París, 1921, págs. 58-59.

soberanos y súbditos; el respeto absoluto, confundido con el temor, que rodeaba a la persona del rey; la íntima unión entre el poder regio y el sacerdotal: todo ello fue lo que condujo a los pueblos orientales a hacer de la apoteosis una esencial prerrogativa del poder regio. No se esperaba que muriera el rey para adorarlo; su divinización empezaba viviendo él.

En Egipto, el Faraón se llamaba a sí mismo “el dios bueno y el dios grande”, y el acto religioso de su coronación le convertía en el “hijo del sol”.

La lápida de Rosetta, monumento que recuerda la coronación del quinto rey macedónico Tolomeo Epifanio (196 a.c.), nos recuerda que en el año del reino de Tolomeo (*hijo del sol, hijo del Dios creador, el inmortal*) los sacerdotes de todos los templos del reino reunidos en Menfis, habían pronunciado un decreto, en el cual, considerando que el rey había ampliado los beneficios a los sacerdotes, que había mandado que aquellos continuasen cobrando todas las rentas anuales (entonces debidas) sobre las viñas, huertas y otras cosas, se disponía que los honores debidos a Tolomeo, a sus padres y a sus antecesores fuesen notablemente acrecentados. Los sacerdotes prescribían:

Se le levantará una imagen en todos los templos y en el punto más visible, y los sacerdotes le harán tres veces al día el servicio religioso; se le erigirá una estatua de madera con un tabernáculo o pequeño nicho dorado, y, cuando en las grandes procesiones se sacan los tabernáculos, que la del dios Epifanio salga como las demás.

Los sacerdotes permitían a los particulares el tener en su casa estos tabernáculos y las estatuas, pero a condición de cumplir “todas aquellas ceremonias prescritas en las fiestas que tienen lugar todos los meses y todos los años”.³

Grecia no escapó al influjo oriental de la apoteosis regia. En la

3. Sobre la apoteosis egipcia, véase: A. Moret, «Du caractère religieux de la royauté pharaonique», París, 1902 ; J. Rai- Uet: «Le regime pharaonique» París 1912.

época de la guerra del Peloponeso, el espartano Lisandro, vencedor de los Atenienses, se hizo adorar en el Asia Menor. Cuando Grecia hubo perdido su libertad, todos los tiranos que la dominaron tuvieron honores divinos. Fue entonces cuando la apoteosis adquirió un carácter repugnante de oportunismo servil. Cuando Mitridato hizo estragos entre los Romanos que se hallaban en Asia, los Griegos lo llamaron “Dios padre”, “Dios salvador”, y le dieron todos los sobrenombres de Baco. Cuando Roma hubo vencido a Mitridato, los griegos elevaron altares a la diosa Roma. Cuando las legiones romanas conquistaron a Grecia y Asia, todas aquellas poblaciones honraban como divinidades a los generales y a los procónsules. Se erigieron templos en honor de Flaminio, cuando éste venció a Filipo, y se le adoró en compañía de Apolo y de Hércules. Todos los procónsules tuvieron altares, especialmente los más temidos. Sicilia instituyó fiestas en honor del saqueador Verre y Cilicia en honor de Apio, que valía lo que el primero. La apoteosis descendió así a bajo precio hasta el punto de que los griegos llegaron a adorar a los amigos y a los servidores de los poderosos.⁴

¿Cómo se difundió la apoteosis entre los Romanos? La tradición nacional romana divinizaba a los reyes antiguos. Bajo el nombre de *dioses indigentes*, los Romanos adoraban a *Picas*, *Faunus*, *Latinus*, que habían reinado, según se decía, en el Lazio, y no había divinidades que fuesen invocadas con mayor fervor en las desventuras patrias. Rómulo, que terminó siendo transportado al cielo, es hijo de un dios y de una sacerdotisa. Numa tenía barba blanca, como el Buda indio, se casó con una diosa y se sentaba en los concilios de las divinidades. Servio Tullio era hijo del dios Vulcano y marido de la diosa Fortuna, Tullio Ostilio desapareció en una tempestad. Pero estas y otras leyendas, con todo y halagar la vanidad nacional, parecen no haber sido del todo creídas por los historiadores antiguos. Y necesario es hacer notar que la costumbre de divinizar a los héroes primitivos y a los antiguos jefes no tuvo nunca gran éxito entre los

4. El historiógrafo Teófanos, amigo de Pompeyo, fue divinizado en Mitilene, su patria, en agradecimiento a los favores obtenidos por su intercesión.

Romanos. Ni Bruto ni Camilo tuvieron honores divinos, y después de Rómulo no se encuentran en la historia romana más que algunas apoteosis incompletas.

Sin embargo, estaba profundamente arraigada en las antiguas poblaciones itálicas la idea de que un hombre podía convertirse en dios. Los latinos consideraban a los muertos como una especie de divinidad. Cicerón hace de esta creencia un artículo de fe: “Todos deben considerar como dioses a los padres que han perdido”. La tumba es un altar en el cual van a hacerse libaciones y festines. Sonos de flautas, luces de lamparillas y cabezas veladas caracterizaban la ceremonia fúnebre. Según la opinión común, los lares son las almas de los abuelos divinizados, y se honoraban en casa, porque, como dice Servio, “en un tiempo remoto se enterraban los muertos en la casa propia”. La apoteosis, pues, era entre los romanos difusa y sentida sólo en la órbita familiar. Las inscripciones sepulcrales demuestran como muchos libertos daban a su mujer el título de diosa y llamaban templo a la tumba a ella erigida. En una ciudad del África un hijo hizo esculpir en la tumba de sus padres: *Sub hoc sepulcro consecrati sunt*⁵. Incluso las personas cultas participaban de esta creencia. Si Cicerón, a propósito de la apoteosis de César exclama: “Nada hay tan absurdo como poner a los muertos entre los dioses y adorarles, cuando no se les debería rendir más culto que el de algunas lágrimas”, al primer año, habiéndosele muerto su hija Tullia, había concebido formalmente el proyecto de divinizarla:

Si nunca hubo un ser animado digno de los honores divinos, eres tú, ¡oh Tullia! Esta recompensa te es debida y yo quiero dártela. Quiero que la mejor y más prudente de las mujeres con el consentimiento de los dioses inmortales, tome lugar en sus asambleas y que la opinión de todos la considere como una diosa.

Durante varios meses, Cicerón estuvo ocupado buscando un

5. “Bajo este sepulcro estamos consagramos” (N. de E.).

terreno libre en lugar frecuentado, para erigir el templo a la hija, y habiéndole hecho Atico algunas objeciones le respondió: “Quiero un templo y no puedo quitarme esta idea de la cabeza. Quiero evitar toda semejanza a una tumba para alcanzarle (a la hija) una verdadera apoteosis”. Lo que le animaba en sus proyectos era ver a los filósofos aceptar esta creencia popular. Se sirve de su autoridad para vencer la resistencia de Atico: “Algunos de los escritores favorecidos por los manes me aprueban”. Al decir esto aludía a algunos filósofos y especialmente a los de los Pórticos⁶. Como éstos, además, pensaban todos los teólogos romanos. El sabio Labeone, resumiendo las doctrinas etruscas, había compuesto un tratado sobre los dioses que habían empezado siendo hombres, *De dus animalibus*. En este tratado sostenía que, en virtud de ciertos sacrificios (que eran los ritos funerarios), el alma humana podía convertirse en divina. Los estoicos no admitían que todas las almas subieran al cielo, sino que sólo lo concebían a algunas. Lucano pone a Pompeyo en la región celeste, donde habitan los manes, semidioses. Estos viven en un aire sutil, entre las estrellas fijas y los astros errantes e inundados por una pura luz, guardan con piedad esta profunda noche que los mortales llaman día. El estoicismo da a las personas virtuosas la recompensa de subir al cielo, de convertirse en dioses o semidioses. Las inscripciones sepulcrales demuestran que estas ideas estaban bastante esparcidas. El hijo de un importante personaje dice a su padre: “Estás por entrar en el lugar deseado; Júpiter te abrirá la puerta y te invitará a entrar resplandeciente de gloria. Ya te veo acercarte allí; la asamblea de los dioses te tiende la mano, y de todas partes del cielo se oyen aplausos para honrarte”. Una inscripción de una plebeya afirma: “Aquí descansa el cuerpo de un hombre, cuya alma ha sido recibida entre los dioses». Estas expresiones son las mismas que se usaban para los principes divinizados. En una medalla en honor de Faustina se lee que esta princesa fue recibida en el cielo: “sideribus recepta”.

La apoteosis familiar debía muy pronto convertirse en nacional,

6. Los filósofos de los pórticos corresponden a los estoicos, antigua escuela filosófica fundada en Grecia hacia el siglo III a.C. por Zenón de Citio y que se extendió por más de cinco siglos, siendo el emperador Marco Aurelio uno de sus últimos exponentes (N. de E.)

siendo el estado romano una familia aumentada, y siendo muy fuertes, además, las influencias de Grecia y de Oriente.

César fue el primero en gozar de la apoteosis imperial. A cada victoria del dictador, el senado imaginaba nuevos honores. Agotados los cuales se vio precisado a pasar a los honores divinos. Se dio el nombre del dictador a uno de los meses del año; se hizo figurar su imagen en las solemnes procesiones en las que se reunían en el circo las de dioses llevadas en carros triunfales; se fundó un nuevo colegio sacerdotal (el Luperci Julii) que rogara para que aquél les concediera fortuna; que celebrara fiestas en su honor cada cinco años, que le elevara una estatua con esta inscripción: “Es un semidios”. El último año de su vida se llega a quererlo convertir en un verdadero dios igual a los más grandes, a quererle erigir un templo, a quererlo adorar bajo el nombre de *Júpiter Julius*. César acogía estos honores con alegría. Comprendía que la apoteosis se la concedía el Senado por un cortesano oportunismo, pero sabía que el pueblo empezaba a considerarlo como un semidios. Cuando le asesinaron, el pueblo se sintió dolorido. Por todas partes se oían lamentaciones. Cuando el pueblo se reunió en el foro para los funerales, los lamentos, los gritos, la batahola de las armas golpeadas se elevaban cada vez que Antonio interrumpía su discurso fúnebre para mostrar el cadáver. Cuando los magistrados se cargaron a las espaldas el lecho funerario, para llevarlo al Campo de Marte, la muchedumbre se arrojó sobre el cadáver. Algunos querían quemarlo en el patio de Pompeyo e incendiar aquél como expiación; otros querían llevarlo al Capitolio, y sepultarlo en el templo de Júpiter. Dos soldados aplicaron fuego al lecho. Para alimentar la llama, la muchedumbre rompió las ramas de los árboles vecinos y despedazó los sitiales de los tribunos. Luego, como presa de súbita locura arrojó al improvisado incendio todo lo que encontraba al alcance de la mano. Los músicos echaban sus instrumentos y sus vestidos de púrpura, los soldados las armas, las mujeres sus joyas, mientras los esclavos amenazaban incendiar las casas vecinas. A esta escena de exaltada piedad y de ciega cólera, añadieron una nota no menos extraña las rumorosas y dramáticas lamentaciones de los hebreos que velaron toda la noche. Cuando se

hubo calmado este violento duelo, se afianzó la idea de la apoteosis.

Las primeras victorias en la Galia, en Bretaña y Alemania, el bienestar que había sucedido a todas las conquistas, el abatimiento de aquella aristocracia que por cinco siglos había sido ultrapotente, habían dado, frente al pueblo, más de una aureola a la poderosa figura del dictador. Su muerte imprevista le engrandecía apareciendo más vastos los designios incumplidos. Si el Senado le había concedido en vida los honores divinos sin creer en ellos, el pueblo le habla ingenua y devotamente divinizado. Mientras sus amigos se mostraban algo tardos en hacerle la apoteosis, el pueblo se escandalizaba por la poca premura que Antonio, que sin embargo era sacerdote de *Júpiter Julitis*, demostraba en este asunto y empezó a reunirse en el altar de César que había sido erigido en el punto donde se había quemado su cadáver. Todos los días se le ofrecían sacrificios, se pronunciaban votos. Un individuo que se decía sobrino de Mario, y que no era más que un antiguo esclavo, excitaba a la multitud para que renovara estas manifestaciones. Preocupado el cónsul Dolabella, hizo destruir el altar y dispersó por la fuerza a los adoradores de César. Y porque éstos amenazaban resistir, Antonio mandó contra ellos a numerosos soldados que se apoderaron del sedicente sobrino de Mario y de sus partidarios, y sin ni tan siquiera juzgarlos les hizo precipitar de la roca Tarpeya. Este enérgico proceder agradó a Cicerón y al Senado, pero irritó grandemente al pueblo. Los operarios, los soldados y los esclavos insistieron en querer reconstruir el altar, y Octavio, para conquistar popularidad, pidió que se pusiera en el teatro un trono de oro y una corona en honor de su tío. Antonio lo impidió y entonces Octavio organizó a expensas suyas, los juegos que César había prometido en honor de la *Venus genatrix*, protectora de su familia. Durante estas fiestas apareció un cometa que se mostró durante siete noches y que impresionó profundamente al pueblo, quien vio por aquella señal que el alma de César había sido recibida entre los inmortales.⁷

Fue al año siguiente, en 712, cuando se instituyó oficialmente

7. Cuando más tarde se le elevó a César una estatua en el foro, se le puso encima de la cabeza un cometa.

el nuevo culto. Se estaba a la mañana siguiente de las proscripciones y el senado no podía rehusar nada a los triunviros. Y sancionó todos sus decretos: convirtió en un deber de conciencia para todos la celebración de la fiesta de César el 7 de julio, “bajo pena de ser entregado a la cólera de Júpiter y del mismo César”; decretó que se le erigiera un templo en el lugar donde había sido quemado su cuerpo. Al siguiente año, en Perugia, Octavio inmolvaba en el altar de su tío a 300 caballeros y senadores partidarios de Antonio. El culto de César no tardó en penetrar en Oriente y en Egipto; pero en ninguna parte la divinidad de César era tan honrada como en Roma. La primera vez que se celebró su fiesta, la alegría popular era enorme. Los senadores recibieron la orden de estar contentos bajo la pena de una multa de un millón de sestercios. El pueblo veía en el culto de César la seguridad de la prosperidad pública, el principio de una era de paz y de justicia. La expresión de tal estado de ánimo se encuentra en Virgilio, que se inspiraba especialmente en el sentimiento popular.

El efecto producido por la apoteosis de César fue grandísimo. Los ambiciosos reclamaron los honores divinos. Sexto Pompeyo, después de las victorias marítimas conseguidas contra Octavio, se declaró hijo de Neptuno, se imprimió el nombre en las monedas; se hizo traer vestidos azules y para honrar al dios marino echó al estrecho de Mesina, bueyes, caballos y, según se dice, hasta hombres. Antonio quería ser Baco y como a tal se proclamó, por medio de un heraldo, en toda Grecia. En Efeso se le presentaban las mujeres a rendirle homenaje vestidas de bacantes, los hombres disfrazados de faunos y los jóvenes de sátiros.

En Atenas se erigió en el centro del teatro, una especie de capilla simulando el antro de Baco, y allí, entre los símbolos báquicos, Antonio confundido entre sus amigos bebía servido por bufones traídos de Italia proporcionando alegres espectáculos. Cleopatra fue a encontrarle en Sicilia, con una nave que tenía la popa de oro, las velas de púrpura, los remos de plata y con niños figurando amorcillos y muchachas vestidas de ninfas. El pueblo entusiasmado adoraba a Afrodita y a Baco. Los atenienses propusieron casar a Antonio con

Minerva, y aquél se hizo pagar una dote de mil talentos. Octavio fue más razonable. No quería ser adorado más que en compañía de la diosa Roma, en Oriente, y prohibió a los romanos que tomaran parte en este culto. Dejó que le erigieran un templo en Pergamo y en Nicomedia pero siempre en compañía de la diosa Roma.

Siguiendo el ejemplo, al poco tiempo, se erigieron templos en todas las grandes ciudades de Oriente en honor de Roma y de Augusto. En Occidente se empezó más tarde. Los habitantes de Tarragona solicitaron de Augusto, y lo obtuvieron, el permiso para dedicarle un altar. En 744 sesenta *gentes* de la Galia reunidos en Lyon decidieron dedicar un altar a Roma y a Augusto. En 764 los habitantes de Narbonna se empeñaron, con voto solemne, en honrar perpetuamente la divinidad de César Augusto, de erigirle un altar y celebrar su nacimiento y su subida al poder. El culto de Augusto se difundió también en Italia aun antes de su muerte. Este culto tenía sacerdotes en Pisa, Pompeya, Asis, Prenese, Prozzuoli y otras ciudades.

Augusto organizó el culto de los «Lares Augustos» instituyendo un sistema de colegios sacerdotales, que fueron un poderoso medio de dominación política⁸. Su *magistri vicorum* contribuyeron a unir en los antiguos lares el *genio* de Augusto, pero la apoteosis de éste no fue completa hasta su muerte. El senado le tributó templos y sacerdotes, pero el pueblo se mostró frío. La ceremonia de la apoteosis que sirvió de base a las siguientes, fue muy lujosa y llena de artificialidad. Basta pensar que, mientras el cuerpo ardía, salió de entre las llamas un águila, con la que se quiso simbolizar el vuelo del alma del difunto hacia el cielo. Hasta se encontró a un senador que afirmó haber visto al mismo Augusto como se dirigía al cielo, y como Livia le regaló un millón de sestercios. Asociaciones, capillas, devociones de todos géneros formaron el culto de Augusto, pero se difundieron únicamente entre las familias importantes de Roma y de provincias. Livia fue quien dio ejemplo. Las asociaciones pías en honor del *divus Augustus* estaban formadas por parientes, exservidores

8. Sobre este sistema sacerdotal puede consultarse: N. Turchi, *Manuale di storia delle religioni*, Bocca, Torino, 1922, págs. 558-563.

y exclientes del príncipe.

La apoteosis imperial vivió tanto como el Imperio, esto es, tres siglos. Pero con la decadencia de este decayó también en el sentimiento popular. Nerón, que al volver de Grecia se hacía llamar Apolo, y quería convertir en diosa a su mujer Popea después de haberla matado de un puntapié; Cómodo que se hacía llamar Hércules; Domiciano que quería que Julia, su sobrina y amante, fuera honorada como una diosa, no ayudaron a mantener alto el prestigio de la apoteosis imperial.

Los Antoninos la realzaron y el senado decretando el cielo a Nerva, y a Trajano y a sus sucesores estuvo seguro de que no engañaba a la opinión pública. Marco Aurelio fue el dios más venerado. Dos siglos después de su muerte muchas familias conservaban aún la estatua suya entre los dioses domésticos, y había personas que pretendían que si se aparecía durante el sueño era señal de buenos acontecimientos.

La apoteosis imperial que, en su origen, tenía un carácter doble, religioso y civil, fue conquistando un carácter preferentemente civil, fue secularizándose. Los templos de Roma y de Augusto cesaron muy pronto de ser santuarios para transformarse en lugares de reuniones políticas, los sacerdotes de provincias conquistaron el carácter de administradores ordinarios, los flamíneos de la ciudad el de comunes magistrados municipales, y la corporación de los *Augustales* acabó por ser considerada como una sociedad de comerciantes reunidos para defender sus propios privilegios. El culto imperial permanecía, pero los homenajes de los fieles se iban haciendo siempre menos personales, dirigiéndose a la dignidad imperial, mucho más que al mismo emperador. Y los ruegos y los sacrificios se hicieron cada vez más rituales, formularios.

Los hebreos y los cristianos, cuando la apoteosis conservaba su carácter religioso, le tenían aversión. «No llamo dios a un emperador —decía Tertuliano— porque no quiero tomármelo como burla. Sólo hay un Señor que lo es también del emperador; es preciso adorarle a él si se quiere que sea favorable a César. Guardaos de creer y de llamar dios a todo aquel que nada puede sin la ayuda del único Dios».⁹

9. Citación de G. Bouvier, en «L'apoteose impériale» artículo publicado en «Revue des deux Mondes», París, tomo XCIII (año 1871) pág. 86. El presente artículo es, en varios puntos, el resumen del de aquel interesante sabio.

Cuando los cristianos constataron que el culto imperial no era más que una manera indirecta de honrar a la autoridad soberana, ya no le tuvieron más aversión; hasta llegaron a unirse a él. Pero al lado del culto imperial debía surgir muy pronto el culto de los santos.

¿Qué relaciones de analogía hay entre ambos cultos? La apoteosis es la santificación pagana. El *divus* no es el *deus*. Si para el pueblo la distinción no es evidente, a causa del antropomorfismo de su politeísmo por un lado y por otro por la antropolatría del proceso de santificación, para los cultos el divinizado es el *santo*. Plinio, que dudaba de la existencia de los dioses, escribiendo sobre Vespasiano, lo representa dirigiéndose al cielo con toda su familia. Lucrecio, acérrimo enemigo de las supersticiones populares, llevado de su admiración hacia el incrédulo Epicuro lo llama *deus*. La filosofía estoica preparó el concepto del *santo*, que, unido al de *salvador*, de ciertas religiones orientales y al de *mesías* del hebreo-cristiano, se debía desarrollar en el culto cristiano de los santos. El milagro está ya patente en la apoteosis pagana. Ya es Rómulo volando al cielo; ya la estatua de la Fortuna que se cubre con un velo al ver entrar en su templo a la hija de Servio quien había muerto hacía poco; ya la estatua de Gerone, tirano de Siracusa, que cae espontáneamente el día de su muerte; o ya el cometa de César, el águila de Augusto; o ya será también el hijo milagrosamente nacido sobre el altar de Augusto en Tarragona.

¿Qué diferencia profunda puede haber entre los amigos de Marco Aurelio, que pusieron su imagen entre las de sus dioses penates rindiéndole consagrado culto, y los amigos de San Luis, que, como el señor de Joinville, crearon en la capilla de su castillo un altar en honor suyo “en donde debe cantarse siempre en honor suyo”? Y cuando Germánico, hablando a las tropas les mostró a su divino Augusto que de lo alto del cielo seguía al ejército, ¿hablaba diversamente de San Ambrosio quien, sobre la tumba de Teodosio revocó al emperador cristiano que frecuentaba la asamblea de los santos?

LOS HÉROES GUERREROS COMO GRANDES CRIMINALES

ASÍ HABLABA EL REY ASURBANIPAL¹, narrando la conquista de una ciudad de Mesopotamia que, tras liberarla, se sometió suplicando perdón:

Matando un rebelde por cada dos, construí un muro delante de las grandes puertas de la ciudad; hice desollar a los líderes de la rebelión, revestí aquel muro con sus pieles. Algunos fueron tapiados vivos, otros crucificados o empalados, hice desollar a muchos en mi presencia y recubrir el muro con sus pieles. Hice juntar sus cabezas en forma de coronas y sus cadáveres en forma de guirnaldas.

César no tenía piedad con los vencidos. En la Galia, fue cruel como un rey asirio. Cuando tomó Uxeloduno, hizo cortar las manos a todos los prisioneros.

En la Edad Media, el carácter caballeresco no se ve obstaculizado por la crueldad de las hazañas. La leyenda cuenta, sin indignación, la historia del festín caníbal que Ricardo Corazón de León hizo en las cruzadas: “Se mata a un joven sarraceno fresco y tierno, se lo hornea o sala, el rey se lo come y lo encuentra muy bueno... Hace decapitar a treinta de los más nobles, le ordena al cocinero que hierva las cabezas y que las sirva a cada uno de los embajadores, y come la suya con mucho apetito”.

1. Último gran rey de Asiria (668-627 a. C.), conocido también como Sardanápalo. Un cuadro moderno del francés Eugene Delacroix representa su legendario suicidio en una hoguera acostado sobre todas sus riquezas. (N. de E.)

A Mulay Ismaíl, el Carlomagno de Marruecos, la tradición le atribuye la matanza de 36.000 personas, realizadas por sus propias manos.

Pizarro pudo llevar a cabo la conquista del Perú usando los métodos más feroces y traidores. Cuando arribó a Perú, en el 1531, penetró en los Andes con cien hombres a pie y sesenta a caballo, ocho escopetas y cuatro cañones pequeños. Le vino al encuentro Atahualpa con muchos millares de soldados, entre danzas y cantos, con unas parihuelas repletas de oro, de gemas y tejidos. Pizarro lo atacó súbitamente, lo estranguló y lo quemó poco tiempo después.

Ninguno de los grandes caudillos tuvieron escrúpulos, y favorecieron o intensificaron todas las pasiones más bajas de sus milicias. Séneca escribió: “No se puede obrar al mismo tiempo de buen general y de hombre honesto. ¿Qué ha movido a los grandes conquistadores sino la ambición?”. Federico II, en sus memorias, dice: “Las tropas siempre listas, las arcas repletas, la vitalidad de mi carácter, la ambición, el deseo de que se hablara de mí, fueron las razones que tuve para hacer la guerra a María Teresa”.

Thiers, en la *Historia del Consulado y del Imperio*, afirma que Napoleón decía: “Alejandro y yo éramos como dos gallos listos para batirse *sin siquiera saber por qué*”.

En sus memorias (19 de diciembre 1877) Bismarck confiesa:

Siento tristeza de que en mi larga vida no he hecho feliz a nadie, ni a mis amigos, ni a mi familia, ni a mí mismo. Yo he hecho el mal, ¡mucho mal! Soy la causa de tres grandes guerras; ¡soy el que ha hecho matar en los campos de batalla a 80.000 hombres, los cuales aún son llorados por sus madres, por sus hermanos, sus hermanas, sus viudas! Pero éste es un asunto exclusivo entre Dios y yo. Nunca he conseguido alegría alguna y hoy siento el alma inquieta y sombría.

Víctor Hugo, en uno de sus discursos, dijo:

Los pueblos han llegado a entender que si matar es un delito, matar mucho no es una circunstancia atenuante; que si robar

es un delito, conquistar no puede ser la gloria; que los *Te deum* no sirven de nada; que el homicida es homicida, que la sangre derramada es sangre derramada, es decir, que no sirve de nada llamarse César o Napoleón, y que, a los ojos del Dios eterno, no cambia la figura del asesino porque, en lugar del gorro del preso, se ponga sobre la cabeza una corona imperial.

He aquí la declaración del general ruso Skóbelev:

Soy soldado en el cuerpo y en el alma... nada más que soldado, y de una ambición tan ardiente que ustedes no pueden imaginar. Quiero convertirme en el capitán más famoso de Rusia. La poca gloria que he conquistado no es nada. Pero no puedo llegar a mi meta más que con la guerra. La paz me consumiría, lo siento, lo sé. Una guerra como la que yo necesito, no la podemos hacer más que a Alemania ¡Es por eso que yo instigo el odio contra los alemanes y que no dejaré nunca de alimentarlo!

Aquí una carta del general Galliffet, del 25 de diciembre de 1864:

Soy un jefe de gendarmes; preparo emboscadas... mis hombres son más bandidos que aquéllos a los que persigo. Soy además un gran justiciero. Todos los bandidos (los soldados mexicanos) a los que no matamos, los golpeamos. Y si quieren una soga, me las podré agenciar a mi vuelta, serán de verdad.

Durante la guerra europea, fueron muchos y muy brutales los delitos inútiles cometidos por oficiales en el ansia de hacer carrera. He aquí un típico ejemplo, que saco de entre los tantos descritos por el *l'Humanité* de París. Es Henry Barbusse quien cuenta:

Cuando el 134 regimiento de infantería tomó parte en los ataques de Verdún, un batallón de este regimiento era comandado por el capitán Mathis. En Floury, en el barranco de

Poudrière, este batallón hizo doscientos prisioneros alemanes. El capitán Mathis les hizo deponer las armas, luego hizo salir de las filas a veinte hombres. El resto, a saber, 180, fueron colocados por orden en la trinchera que habían tomado. Entonces el capitán Mathis mandó a matar con cuchillos a aquellos 180 prisioneros. Entre nuestros soldados hubo alguna vacilación, pero una violenta arenga del capitán la ahogó; y tuvo lugar este acto inefable de degüello. Los 180 alemanes fueron destripados y degollados y sus cadáveres fueron abandonados en la trinchera.

¿Se dirá que esta ejecución tuvo una razón o incluso un motivo de orden estratégico, que ese grupo de prisioneros pudo representar un peligro o un problema? No; esta excusa, que ha sido invocada tantas veces, no se puede alegar, ni de lejos, en este caso. De hecho, cuando el batallón volvió a su base, conduciendo solamente a los veinte alemanes que fueron apartados, el coronel del 134 regimiento se sorprendió al ver a este pequeño número de prisioneros.

–Creí –dijo el coronel– que habían capturado un batallón.

–Sí –respondió el capitán–, pero los demás se han quedado en la trinchera. Los he hecho degollar.

El coronel se enfureció y le recomendó que no hablara del asunto si no quería correr el riesgo de no tener corte de honor. A lo que el capitán contestó tranquilamente: “¡No será esto lo que me impida conseguir la condecoración!”. Y la obtuvo, en efecto, algunos días después. El capitán Mathis, ascendido a mayor, está ahora al mando de 173 regimiento del cuartel de Córcega.

Los capitanes Mathis son comunes en las expediciones coloniales. Uno de ellos es el subteniente francés Normand. He aquí algunos pasajes de sus cartas elegidos y reproducidos por *el Hamon*:

Estamos sin noticias de Francia desde hace 5 días ¡Con tal de que no se haga la paz! Es que también tengo la ambición de

ganar la cruz de Camboya. (...) Por fin nos tienen en cuenta, habrá una expedición que durará un año y medio y por la que Francia enviará al menos 20.000 hombres, soldados y marineros, y otorgará una medalla conmemorativa a los que la hagan. (...) Se me ha negado este placer (disparar a los chinos) pero estos señores (tiradores tonkineses²), lo han tenido. He visto con gusto a siete u ocho chinos decapitados, a 300 metros de mí (...) Hemos tenido la satisfacción de ver chinos asesinados aquí y allá, en nuestra ruta; esto nos produce un placer extraordinario. No necesito deciros que todos los que caen en nuestras manos, heridos o no, son ejecutados al instante. (...) Aquí todos esperamos que el país vote por una medalla conmemorativa para nosotros. (...) No dudo que después de todo esto, el Parlamento nos concederá la medalla conmemorativa (...).

El capitán francés Cremieux-Zoa, escribió desde la colonia: “Justo esta mañana el coronel Dodds me ha mandado la absenta. Mi sable está rojo, porque he matado mucho. Besos, mis queridos”.

Además de crueles asesinos, muchos héroes guerreros fueron auténticos ladrones. Los ensayos de la época están plagados de ejemplos relativos a la corrupción de los generales napoleónicos.

El general Masséna obtuvo en una ocasión 300.000 liras de las sumas incautadas al enemigo. Otro se quedó con dos cajas de plata robadas en las iglesias, y 310.077 francos de las casas particulares. El mariscal Augerau vendió por su cuenta 160 caballos austríacos, hizo desvalijar una joyería de Bolonia, y, ausente de Verona durante el saqueo, reclamó su parte del botín, así que la municipalidad de aquella ciudad le dio cinco barcos de especias (600.000 liras).

Los generales Balland y Kilmaire hicieron que esa misma municipalidad les entregara 200.000 liras, y el general Landrieux 150.000 liras. En marzo de 1797, el general Lamusse se apoderó de 60.000 francos pertenecientes a la caja de un administrador de

2. Tonkín fue un protectorado francés que hoy constituiría la mayor parte de Vietnam.

Chiusa. ¡Y se trataba de dinero francés!

En 1797, el general Chabran, de paso por Brescia, hizo que la municipalidad le entregara 40.000 liras. El general Chavalier, encargado de desarmar la aldea de Castelnovo, se quedó no sólo con la caja austríaca, sino también con el dinero que le cogieron al Conde Morando. El general Berthier robó, aparte de joyas, caballos, coches, etc., 1.796.000 liras sólo en la campaña de Italia. Y no hizo menos Masséna, que se lo repartió con él.

El general Masséna fue una especie de caudillo bárbaro o capitán de fortuna. Baste recordar que también quiso como botín a la joven mujer de un oficial del ejército enemigo. La víspera de la batalla de Bassano, 2 de septiembre de 1796, dimitió, y declaró que su división no podía tomar parte de la acción planeada, porque estaba irritado a causa de una investigación sobre sus robos. Sólo retiró su dimisión después de que Napoleón le asegurara la impunidad.

En las empresas coloniales, los oficiales robaban a dos manos. El coronel francés Dupin se trajo de China un equipaje de 80 metros cúbicos, y abrió en París una tienda de artículos chinos.

Estos asesinos, estos ladrones, se hacen un nombre. Alcanzan los grados más altos, se hacen senadores, se les cubre de condecoraciones, y alguno llega a tener incluso un monumento. Son héroes de guerra. Sin la guerra no prosperarían. Sin la guerra serían unos desconocidos. Si mataran y robaran fuera del mundo guerrero, serían considerados feroces asesinos y vulgares ladrones. Son los brutos que mejor medran en la guerra.

¿El valor? Los héroes guerreros no tienen verdadero valor. O son temerarios por ingenuidad, o lo son sólo por el deseo salvaje de matar, torturar, violar, por la avaricia del botín.

Los jefes de los piratas, de los bandoleros, de los soldados mercenarios de cada tiempo, y los grandes generales, los bravos capitanes de las empresas coloniales, son parecidos. Las razones de su éxito son las mismas.

Sin embargo los segundos son exaltados hasta la idolatría. En Alesia, en 1865, es decir, dieciocho siglos después de su muerte, los

franceses levantaron una estatua en honor de Vercingétorix³. ¡Esto, mientras hay tantos que no tienen una lápida que los recuerde!

Hoy podríamos repetir el lamento de Yang-Khjong, un poeta chino que fue general y que escribió hace catorce siglos: “¡He aquí, por tanto, que ha regresado el tiempo en que un jefe de cien soldados es más temido que un hombre de letras de talento!”.

3. Caudillo galo que confederó a la mayoría de las tribus del actual territorio francés para enfrentarse a las legiones del entonces cónsul Julio César hacia mediados del siglo I a. C. (N.de E.).

LA MECA

CREEN MUCHOS QUE EL PEREGRINAJE de los musulmanes a La Meca y a Medina es algo semejante a los viajes de devoción a la Tierra Santa por parte de los cristianos y de los israelitas. Trátese, por el contrario, de una antigua ceremonia pagana cuyos orígenes se pierden en la prehistórica semítica. Mahoma ha seguido personalmente esta costumbre pagana y la ha incorporado al cuerpo de las leyes canónicas islámicas, comprendiendo su enorme valor político. Si el rito anual del peregrinaje a La Meca y a Medina ha adquirido en el rito mahometano el carácter institucional como la “quinta columna” del Islam, tanto que todo musulmán debe de participar en él una vez en la vida, por lo menos, es porque en los peregrinajes anuales el mundo islámico tenía, y lo tiene siempre, un poderoso instrumento de irradiación y de organizaciones religiosas, militares y civiles. Aun hoy un gran número de musulmanes visita los *santos lugares*. Si en la Edad media el peregrino solía saludar a los parientes y extender el testamento, ahora puede llegar a su destino y regresar con cierta seguridad. Veloces navíos lo llevan a Gedda, próxima a Medina y desde Damasco puede ir en tren hasta Medina y La Meca. A los largos viajes en caravana no se ven obligados más que los peregrinos procedentes de la Arabia central. Son muchos, sin embargo, los que prefieren viajar en caravana para evitar a los extranjeros, la cocina de a bordo y el mareo. Hace años, el síndico de Gedda, para demostrar las dificultades que aquel municipio encontraba para conservar limpias las calles de la ciudad, publicaba el siguiente comunicado:

Todos los días, en toda la duración del peregrinaje, entran y salen de Gedda más de cinco mil camellos. Si cada camello deja por término medio, cada día, tres quilogramos de *baar*, los barrenderos urbanos tendrán que remover 150 quintales por cada día de labor, lo que para nosotros quiere decir grandes sacrificios financieros y mucho trabajo para un gran número de jornaleros.

Si los camellos dejan el *baar*, los peregrinos dejan mucho dinero. Gedda es, en efecto, un enorme centro de llegada de las mercancías que muchos peregrinos envían a La Meca y a Medina. El comercio es intensísimo durante el peregrinaje, que también bajo este aspecto es una enorme fuente de vida para el mundo del islam. En Gedda hay una *tumba de Eva* que muchos peregrinos van a visitar. Pero la meta central del peregrinaje es La Meca y precisamente La Kaba o *Templo cubiforme*. Cuando los árabes eran aún fetichistas, la Kaba era una especie de *panteón*. Aquellas ocho piezas de seda negra de La Kaba, en el período del peregrinaje, son la continuación del rito pagano de suspender en aquel santuario, cuyo rodeo o circuito se hacía completamente desnudos, una gran tienda que se acostumbraba a tocar para prestar juramento y por lo cual se concedía protección a quien se ponía debajo de ella. Junto a La Kabahay un santuario, donde la tradición pretende que Abraham solía descansar durante la construcción del Templo cubiforme. Los europeos conocen los Lugares Santos del Islam desde hace poco, porque hasta hace algunos años era rigurosa la prohibición de penetrar en ellos a los cristianos y a los hebreos. El primer europeo que visitó La Meca parece haber sido un aventurero italiano, Ludovico de Varthema, que en 1503 llegó allí siendo voluntario de los mamelucos, uniéndose a una caravana de peregrinos sirios. Quien ha dado mayores y más exactas informaciones sobre aquellos lugares ha sido un holandés: el orientalista y profesor Snock Hurgronje, académico de la Universidad de Leiden. Logró permanecer en La Meca, y nos ha dado dos gruesos volúmenes de impresiones y de estudios con atlas etnográficos. No está lejos el tiempo en que La Meca y Medina lleguen a ser europeas

en peregrinaje... de negocios o de estudio, mezclándose los europeos con la muchedumbre de los creyentes en Alá. Quizá se ve esto ya. Yo no lo sé; no he estado ni en La Meca ni en Medina y lo siento, porque habría podido ofrecer al lector un poco de descripción. Cosa que en los artículos sobre países de Oriente resulta pragmática.

EL PECADO ORIGINAL

DIOS, CREADOR DEL HOMBRE, condena la generación, fuente de los seres humanos. Dios, que en Adán crea al macho y en Eva a la hembra, condena al hombre y a la mujer que mediante la cópula se funden en una sola carne. El absurdo es patente.

El finalismo, la base de la filosofía natural de la religión cristiana, es rechazado.

El pesimismo compromete la idea hebraica del pecado original, mito universal porque es universal del dolor del humano, que se pregunta: ¿es la vida un bien?

El pecado original es el pecado de los sexos, creados distintos para unirse. El arquetipo humano en el mito hebraico de los orígenes humanos no es sexual. La necesidad natural de los orígenes y de la perpetuación de las especies mediante el coito se manifiesta en el mito. Dios da al hombre el Paraíso eterno, pero terrenal. Dios crea el sol, las estrellas y los animales para el hombre. Lo hace, pues hombre de la misma tierra. El génesis es antropocéntrico. El manzano ha crecido sobre el terreno de Dios. La serpiente no puede ser más que Dios convertido en animal. Si Dios es omnipotente, la unión carnal de Adán y Eva entra en la esfera del querer divino.

Si Dios no es omnipotente, Adán y Eva son libres a partir del momento en que sus sexos se reconocen y se unen.

No hay rebelión de los ángeles, es la naturaleza que se convierte en historia.

El hombre no entró en posesión de la tierra descendiendo del cielo, sino saliendo del Edén. El mito disculpa a Dios del mal, del

dolor universal. El mito le dice al hombre: “Podrías gozar la inmóvil felicidad del ser primitivo, la eterna edad de oro y no has querido. Has sufrido y sufrirás porque te has hecho humano”.

He aquí por qué la Iglesia bendecirá la fecundación y maldecirá los órganos fecundadores. Bendecirá la función y maldecirá los instrumentos que la realizan.

¡Creced y multiplicaos! –este es el mandamiento bíblico–, pero San Bernardo dirá: “*El hombre no es más que esperma fétida*”.

Durante siglos y más siglos los órganos de la procreación serán dichos y considerados vergonzosos. Especialmente los femeninos, pese a estar más bien escondidos. En el prefacio de su célebre tratado sobre los órganos femeninos, R. De Graef creará necesario excusarse por haber tratado el tema. Esto en 1672. Un siglo más tarde fue Linneo quien, sumo naturalista, en su *Systema naturae*, excluyó de la naturaleza los órganos genitales de la madre del hombre, como una cosa “abominable”.

El furor monástico contra la hija del Diablo entró y permaneció durante mucho tiempo dentro del campo de las ciencias. Con el renacimiento el espíritu clásico atenuará la sombra claustral sobre el misterio de los sexos y de la procreación.

El médico Rolfinicius, en 1664, llamará “sagrados” a los órganos sexuales de la mujer. Pero la condena ascética se revigorizó.

El dogma de la virginidad de la madre de Cristo pertenece a los tiempos modernos. Durante el Medioevo se sostuvo la tesis según la cual Jesús había nacido de los senos de la Virgen.

Fue solitaria la voz, en el 850, del monje Retramme, quien sostenía que el canal de los órganos sexuales había sido la vía natural de aquel sagrado nacimiento, que santificaba los propios órganos sexuales.

La Madre-Virgen es la condena de la hembra y de la madre, como Cristo-Dios es la crucifixión eclesiástica del Cristo-Hombre.

El cristianismo occidental mató a Eros. Pero si el monacato nació oriental, sopló en la Iglesia de Oriente el espíritu Helénico. Y San Clemente, de la griega Alejandría, reconocerá como sagrada la naturaleza humana en su totalidad, tanto al seno lleno de leche

como a la vulva que absorbe esperma. La dignidad de la mujer es proclamada por él y por él es afirmada la santidad de la madre.

San Agustín de la romana Cartago verá en los órganos sexuales el símbolo del pecado original y los declarará vergonzosos. Y, hablando de la generación paradisíaca, separará el acto de la generación del deseo sexual.

El acto sexual es asimilado al gesto del sembrador: un trabajo. La vagina adquiere con este sistema la impassibilidad del surco. La carne de la mujer debe ser fría como la tierra.

Para casi todos los padres de la Iglesia la mujer será, como para Tertuliano, la puerta del infierno.

La condena al Amor, la exaltación de la castidad, el fetichismo de la virginidad, el celibato eclesiástico: he aquí la Iglesia contra la sociedad y la naturaleza.

Pero la naturaleza se vengó.

El amante de la Virgen será el cura, o el fraile satírico; la odalisca de Cristo será la monja ninfómana.

Eros es echado de los conventos de monjas, pero un concilio deberá prohibir a las monjas dormir dos juntas en una misma cama.

Y según las reglas de San Cesáreo de Arlés, ningún indumento masculino puede ser introducido en un convento femenino.

La castidad monacal que, lavando o remendando unos pantalones de hombre comete el pecado de intención, no es verdadera castidad, sino abstinencia; es la virginidad inquieta: la que hacía revolcarse a Magdalena de Pazzi sobre los haces de ramas espinosas; que hacía ponerse a Ángela de Foligno carbones encendidos en las partes sexuales; que hacían que Santa Teresa dirigiera al “divino esposo” frases delirantes, más aptas para describir el orgasmo voluptuoso que para pintar el éxtasis místico del corazón y del pensamiento.

El ascetismo monacal degradó a hombres y mujeres para hacerlos fríos ángeles.

La obsesión erótico-ascética ve el pecado en todas las cosas porque de continuo se levantan frente a ella fantasmas eróticos.

La carne y el espíritu fueron separados arbitrariamente, pero la carne se satanizaba más de lo que el espíritu se angelizaba, de forma que los ascetas

fueron misóginos. Aun deseando lo femenino, maldijeron a la mujer.

Las monjas, renunciando al hombre, deliraron en acoplamientos fantásticos con el diablo.

Y el Cristo, bello y desnudo, fue el Apolo triunfal, que entró en las celdas de las monjas en éxtasis. Cilicios y ayunos no emascularon a los frailes, que difundieron el amor griego; y a los curas se les prohibió tener hermanas cerca de ellos.

Amor sagrado y amor profano, éxtasis espirituales y turgencias sexuales exasperadas, esfuerzos ascéticos y caídas bestiales, dios y el sexo, lo celestial y la carne más unidos: todo se confundía...

Ha sido sobre el terreno del ascetismo erótico-místico que se ha desenvuelto el moralismo hipócrita. Nada de amor fuera del casamiento: tal fue el mandamiento de la Iglesia, que clava las alas de Cupido *-ex lege-* a toda clase de postes suplicatorios; que incrimina los adulterios, perpetuando los suplicios más bárbaros; que declara honesta a la madre casada y deshonesto a la no casada, condenado a los hijos naturales al oprobio general, cerrándoles la puerta del sacerdocio.

La moral católica codena el adulterio con una mentalidad jurídica, con una severidad hebrea.

La adúltera no es adúltera hacia el amante, sino hacia el esposo, es decir, hacia el matrimonio, institución social sagrada e inviolable.

La mujer no es tan sólo *cosa* del marido, es también *cosa* de la sociedad. La mujer es destinada a ser esposa de Cristo o del hombre; o virgen, o madre prolífica y eternamente menor, supeditada por siempre al *pater familias*.

La iglesia, de la cual miles y miles de miembros renuncian, al menos teóricamente, al acrecentar la población, será siempre severa contra toda práctica anticonceptiva.

En nombre de la condena: "Parirás con dolor", la Iglesia impondrá la maternidad a la mujer que ha renunciado a permanecer virgen. He aquí la inquisición natural *per seacula seaculorum* (por los siglos de los siglos) . Eva ha pecado en la carne. La aparente contradicción entre la exaltación de los castrados y de las vírgenes y el precepto: "creced y multiplicaos" se resuelva con lógica feroz.

El pecado original es el primer acto sexual.

Los dos primeros seres humanos renunciaron al Edén eligiendo la tierra; renunciaron a la eterna quietud para entrar en la historia. Más aún: para empezarla.

Eva será la tentadora del hombre y será castigada. De donde entró el fruto voluptuoso saldrá el fruto del dolor.

Eva gemirá de placer y gritará de dolor al restituir la semilla convertida en hombre.

El neo-maltusianismo es la sustracción de Eva a la condenación. Es el fruto sabroso sin los dolores del castigo. Es la tierra hecha Edén; es el Paraíso sin el Infierno. El adulterio desafía la condena: tú serás sólo de uno y su esclava.

El placer es un pecado que se paga con dolores físicos, con penas morales, con renunciaciones continuas, con la más pasiva resignación.

La esclavitud matrimonial y la maternidad obligatoria: he aquí el purgatorio anticipado para salvarse de las eternas penas del Infierno.

Los romanos enterraban vivas a las Vestales que traicionaban el voto de virginidad. La Iglesia ha hecho del matrimonio la tumba de la virgen fallida. La maternidad conejuna, la sujeción servil al marido, castigan a todas las mujeres por el pecado de la primera mítica mujer.

La exaltación de la fecundación por sí misma es cívica, no eclesiástica. Cuando los curas protestan contra el uso del preservativo, contra el cual un Papa del siglo XIX lanzó fulminantes condenas, si muestran preocupación religiosa, ésta es inquisitorial.

Los curas no perdonan jamás a Eva el haber seducido al hombre “hecho a semejanza de Dios”; el hombre que era un semi-ángel y que se hizo macho, por culpa de Eva, que quería un vestido de caricias todo bordado de besos sobre su cuerpo desnudo.

La ira de Dios se dirigió contra Adán: “Ganarás el pan con el sudor de tu frente”. Pero el hombre hizo de la mujer su primer animal doméstico. Ella sudó para él y por él y además parió, también para él. Le dio los frutos de la Tierra y además los de su cuerpo.

El hombre era fuerte y brutal, pero Eva se hizo coqueta y astuta. Simulando y disimulando, hubiera amansado a su amo. Pero el cura no se cansó de decirle a él: ésta ha sido sacada de una de tus

costillas, ésta es la culpable que te ha hecho condenar; es la serpiente que te hizo perder el Paraíso. Y el hombre maldijo su propia carne, su propio talón de Aquiles: el sexo. Buscó la posibilidad de obtener un lugar seguro en el Paraíso, aislándose en los desiertos sobre las rocas y dentro de las cuevas, pero la fantasía exasperada se pobló de desnudas bellezas danzantes. El hombre se puso a odiar a la mujer, es decir: la tierra hecha carne, la historia convertida en vicisitud familiar, la vida social hecha matrimonio.

El fraile le susurraba: bajo esa carne de formas tan bellas hay un esqueleto; bajo esa piel mórbida y rosada no hay nada más que hedor y podredumbre. Los goces que te puede dar son efímeros y además ínfimos, comparados con las inmensas y eternas bienaventuranzas de los “beatos”.

El hombre se hizo anacoreta, monje o cura. Abandonada, Eva busca a Dios, pero ama a su Hijo, comete adulterio con él, amante divino, insaciable e infatigable. El hombre ama a Dios, pero prefiere a la Virgen. De misógino se convierte en Mariólatra. Luego sopló el viento cálido de la Hélade, impregnado del perfume de las eternas rosas de los altares de Príapo y de Afrodita¹.

El hombre, vestido de hierro, se había peleado a muerte a fin de ganarse la ofrenda de la mujer gentil; hecho poeta, cantó loas a Eva, dominadora, en Provenza y en Sicilia.

En Italia helenizada del Renacimiento, Eva triunfó. Pero cada vez que ésta salía de la fría penumbra del claustro, del gineceo, o intentaba levantar la cabeza frente al padre, al hermano mayor o al esposo, aparecía la Biblia para aplastarla, los monjes para escupirla, la inquisición para quemarla como a una bruja, fustigarla desnuda en la plaza pública como adúltera y hundirla en las aguas heladas como hetera. Cristo había rehabilitado a María Magdalena, había defendido a la mujer adúltera. Pero la Iglesia la echaba al tormento de la lapidación en Israel.

La moral tradicional: esa es la cadena en el tobillo de Eva. El cura se la ha remachado. Las leyes y las costumbres, las primeras influidas

1. Divinidades vinculadas a la fertilidad y al amor. (N. de E.).

por el cura, las segundas formadas por él, obligaron a la mujer al celibato monástico, a la virginidad descontenta de la soltera, a la resignación servil de la esposa no amada ni amante, al matrimonio impuesto por los padres.

El inconformismo amoroso fue castigado por las leyes y por la opinión pública porque, en sus orígenes, Iglesia y *polis*, dogma y ley, rito religioso y obligación cívica, iban unidos.

La madre soltera será condenada porque ha concebido al margen del matrimonio. Es decir: porque ha amado por amor y no por y para procrear.

La divorciada, la mujer separada por su propia voluntad sería severamente juzgada; pero no será juzgado el marido que la repudia.

La adúltera será juzgada mucho más severamente que el adúltero. El Uxoricidio (femicidio diríamos hoy) será un delito menor que la muerte del esposo por parte de la mujer. Leyes y costumbres serán injustas para la mujer, porque la iglesia la ha condenado.

La locura de los ascetas y de los místicos, la hipocresía de los curas, la sutilidad de los teólogos moralistas, han contribuido a pervertir las costumbres, a corromper las leyes, a complicar los problemas sociales.

La castidad prematrimonial de las mujeres ha multiplicado las prostitutas; el celibato de los monjes y de los curas se tuerce y acrecienta el número de pérfidos pedófilos. El moralismo confesional ha creado por todas partes la mojigatería.

Si la educación sexual se halla aún en su infancia es por culpa del moralismo católico.

En el confesionario los curas podrán preguntarle a una muchacha si, durmiendo con una amiga, la toca o si ella misma es tocada por su amiga y dónde. Pero si la madre, hablando con su hijo, le dice que ha descubierto determinado uso que él hace con su mano derecha y de los daños que pueden desprenderse de ese uso; si un maestro habla de enfermedades venéreas a sus alumnos, de los cuales por lo menos el diez por ciento tiene blenorragia, el cura clamará al cielo escandalizado.

Allí donde brote una llamarada de educación sexual, el cura aparecerá con su extintor repleto de ponzoña, sugerencias y argumentosos

capciosos para apagarla. Jamás se reivindicará bastante la santidad de la maternidad consciente, el derecho de la mujer al amor, la importancia secundaria de la abstinencia sexual frente a la castidad de la imaginación, el valor nulo de la virginidad física separada del perfume de la honestidad moral.

Lo que es pecado en las relaciones sexuales es la violencia, es la insidia, es la banalidad, la infección venérea y la procreación de los seres enfermos. Pecado sexual es aquel que perjudica al hombre o a la mujer, o ambos a la vez, o a la sociedad.

El incesto es un pecado eugenésico, un pecado respecto de la especie. Si la pareja incestuosa no es fecunda, si no da ejemplo, no peca; esta no es una excepción a la regla; o por anomalía congénita o por anomalía accidental.

Es moral el pederasta que, con gran esfuerzo de voluntad, se abstiene de iniciar a los mancebos susceptibles en el amor homosexual. Pero es inmoral el macho sexualmente normal que no tiene reparos en seducir a jóvenes mozuelas, dejándolas con el peso de una situación excepcional.

La novia que, celosa de su propia virginidad, pone a su novio ante la alternativa de servirse de prostitutas, practicar el onanismo o sufrir gravemente la abstinencia, puede ser moralmente sana, pero su conducta es absurda y socialmente inmoral.

La madre que educa con amor e inteligencia a sus hijos, pero que aborta porque se siente incapaz de realizar el esfuerzo necesario que asegura a un nuevo ser los mismos cuidados que ha prodigado a sus hijos, es moral, mientras que es inmoral su compañero o esposo si, por egoísmo erótico, embaraza, con toda tranquilidad, a la mujer, exponiéndola a los riesgos y posibles graves consecuencias de las prácticas del aborto. Un sifilítico que, por temor de contagiar a su esposa o a la mujer que ama, se abstiene de todo contacto sexual con ella, pero que, para lograrlo, tiene necesidad de practicar periódicamente el onanismo, ese hombre es hombre moral, mientras que no lo es el sifilítico que se satisface completamente con otras mujeres, sin preocuparse de las posibilidades del contagio. Una lesbiana que se sacrifica durante años para mantener en una casa de convalecencia

a su amante, es moral; pero es inmoral la mujer sexualmente normal que no realiza el más mínimo sacrificio para aliviar el trabajo del esposo o del amante que se mata trabajando para ofrecerle todas las comodidades que ella puede desear, etc. Y así sucesivamente.

La inversión sexual no es un pecado, sino una anomalía. La pareja homosexual no es inmoral, por cuanto está formada entre una coja y un jorobado. Un impotente que se una con una mujer ardiente; una frígida que se una con un hombre sensual; una mujer estéril que se una con un hombre deseoso de tener hijos, con consciencia de su propia insuficiencia: esos son inmorales. Se puede ser invertido y noble de espíritu; casto de cuerpo y lujurioso imaginario; normal sexualmente e inmoral. La moral sexual está contenida en estas palabras: no dejarse dominar por los sentidos contra la nobleza de los sentimientos y de la inteligencia; economizar nuestras energías con el fin de no agotar o extraviar las fuentes del placer. En fin: no perjudicar a nadie.

No hay ninguna razón lógica para considerar obscena y viciosa una práctica sexual que nos sorprende, o que no quisiéramos experimentar. El huevo podrido, delicia culinaria de los chinos, provoca náuseas al más impenitente masticador de tabaco europeo. La intimidad erótica tiene sus huevos podridos y su tabaco de mascar, y es cosa banal intentar clasificar las formas de placer en normales y anormales, honrados o disolutas, correctas y obscenas, etc., cuando se trata de modos de relación y no de la cristalización o desenfreno de las mismas.

Si la hipocresía humana en materia sexual no fuera tan grande, ciertas costumbres sexuales que en los libros de ciertos ingenuos o moralistas pasan por monstruosidades y que muy pocos serían capaces de confesar, se descubriría que son casi universales. Lo que se llama moralidad sexual no es, generalmente, más que los modales sexuales de un pueblo dado, de una clase dada y de una época determinada.

La moral positivista traduce el *no fornicarás* en este mandamiento: no ser esclavo del vicio; entendiendo por vicio la perversión sexual que convierte en fetichismo la simpatía sexual hacia determinada parte del cuerpo o hacia determinada forma de placer.

Frente al adulterio, la moral positivista dice con Cristo: ¡no juzgues! Es decir: no condenes.

La mujer que esconde el adulterio por temor, o por interés, se asemeja a la mujer primitiva de la tribu poliándrica² y a la prostituta. La adúltera que disimula el adulterio llevada a la piedad que siente por el hombre con el que cohabita y por amor a los hijos y sufre enormemente a causa precisamente de ser adúltera hacia su amante, es moral en su dolor. El mandamiento: *No desearás la mujer de tu prójimo* quiere decir: antes de robarle la mujer al hombre que la ama, considera si tu amor por ella y el placer que tendrías en ese amor es tal que merezca el dolor que procuras engañando y las penas que la mujer tendrá que soportar a causa del adulterio. Al margen de este examen de clemencia, el adulterio no es pecado cuando se resuelve con la formación de una nueva pareja. Cuando permanece siendo un hecho escondido e incompleto, la inmoralidad consiste en la falsedad de la situación, en la gimnasia de simulación que corrompe y humilla el carácter, y en la pena que tal situación puede procurar, enturbiando y disminuyendo las actividades superiores del espíritu.

Quien ama y es amado y está física y espiritualmente satisfecho es fiel y gozará de buena salud y de buen humor. Dichosos, una y otro deben reflexionar en lo que ocurriría si la pareja mal acoplada se encontrara, en un momento preciso de la vida, a aquel o a aquella, que es –o parece ser, lo que es la misma cosa– “su ideal”.

La moralidad, en lo que concierne al adulterio, comienza por el deseo del hombre por la mujer de otro, por el deseo de la mujer por el hombre de otra, de donde nace la lucha entre el deseo y la voluntad de resistirle. Donde este conflicto no exista es donde se produce la amoralidad. La inmoralidad implica la moralidad, y viceversa. Si no existiese el pecado de intención, no habría práctica virtuosa.

El mito del pecado original ha corrompido y corrompe la moral del amor. El amor no puede ser *trabajo*, sino *juego*, puesto que el trabajo es pena. La maternidad no es el castigo de un pecado, un deber, sino un sufrimiento que puede ser largamente recompensado y la necesidad de dar la vida a un nuevo ser. Nacidos sin quererlo,

2. La poliandria es la condición que permite a una mujer tener varios compañeros u amantes. (N .de E.).

ningún futuro posible tiene el derecho de nacer. El problema de la armonía social no radica en el número, sino en la calidad y las posibilidades de desarrollo. La pareja “responsable” es la pareja que se “ama”, que beneficia a la sociedad dándole el ejemplo de su armonía, con una descendencia sana, robusta y bien educada.

Dios morirá, los dogmas serán expuestos en los museos como arañas monstruosas; los curas serán asesinados por el sol. La moral tradicional, autoritaria e intolerante, será subsumida por la moral crítica y libertaria. Entonces Eva será bella porque no estará deformada a causa de los excesos del trabajo, de las privaciones y de la maternidad conejil. Entonces será serena y será buena. Y Adán la adorará como mujer, es decir, como amante y como madre.

Las bodas serán púdicas. Sin multitudes indiscretas ni ridículas ceremonias, en la soledad, la pareja se formará, poseyéndose amorosamente en una reciprocidad sana de deseo. Y mirando el cielo azul, o palpitante de estrellas, los amantes-compañeros recrearán el mito del primero amor humano. Y pensarán en un dios y en un Paraíso de los amantes, puesto que les parecerá bello el sueño de un jardín inmenso en el cual andar por los prados floridos y entre los céspedes fragantes, echándose acá o allá, para gozar y sufrir gozando, bajo la mirada benévola de las flores y del cielo, sin horas grises, en una beatitud eterna; y les parecerá que no es por casualidad, sino por una predestinación feliz que su amor ha florecido. Amarán soñar estas cosas. Pero será una poesía religiosa, no una creencia religiosa.

Se producirá entonces, no el *juicio* universal, sino el universal renacimiento. Entonces toda la tierra será un Edén, porque el trabajo la habrá enriquecido y el amor la habrá vuelto contenta y alegre con los cantos y las rondas de los niños sanos y avispados y de parejas que, sorprendiendo a otras parejas en el momento impetuoso del deseo o en el éxtasis de la ternura, se escapan con paso ligero y silencioso, para no molestarles, llevando en sus rostros una sonrisa de bondad y de comprensión, soñando con la gozosa esperanza o recordando con serena nostalgia.

DIVINIDADES PAGANAS CRISTIANIZADAS

LA SUPERPOSICIÓN DEL CRISTIANISMO sobre el paganismo debía producir, y produjo, un fenómeno de asimilación de las divinidades paganas por parte del culto cristiano. El fenómeno no tuvo, sin embargo, aquella extensión y desarrollo que algunos le atribuyen. Hoffding precisó claramente su naturaleza escribiendo:

Las antiguas divinidades especializadas pasaron a la nueva religión cambiando su nombre primitivo. Los santos del cristianismo están a menudo revestidos por cualidades y funciones que dejan adivinar que ellos son los *herederos* de los dioses especiales; se adora a menudo un santo precisamente en el lugar donde antiguamente se adoraba una divinidad particular. Los santos, como sus predecesores, tienen sus atribuciones particulares y, como aquéllos, cubren la necesidad de divinidad local¹.

San Gregorio de Tours recomendaba que en todas partes donde las poblaciones se obstinasen en rogarles a árboles, fuentes, montes, etc., a divinidades paganas en fin, los propagandistas cristianos pusiesen la cruz o la estatua de la Virgen, para que las plegarias fuesen, sin saberlo los devotos, tributarias al cielo cristiano en detrimento del Olimpo. Sucedió con esto que los paganos no exclusivistas terminaban por adorar a la divinidad cristiana, pero resultaba también que

1. H. Hoffing, *Filosofia della religione*. Piacenza, 1901, pág. 147.

los cristianos más ingenuos se ponían a adorar cualquier divinidad pagana metamorfoseada en cristiana, en razón de la identidad del lugar y de la analogía del culto.

Casi siempre el antiguo culto pagano influyó al culto cristiano y sólo en algunos casos la analogía del nombre entre la dignidad pagana y la cristiana pudo arreglarse con una similar herencia de culto.

En 1877, en el pueblo de los Bajos Alpes franceses, Voix, que tiene a Santa Victoria como patrona, se descubrió un altar galo-romano consagrado a la diosa Victoria: *Deae Victoriae*, Meron de Villefosse opina que el altar votivo de los celtas *Voconces* ha determinado a los habitantes a escoger como patrona a la homónima de la divinidad pagana, y otros estudiosos concuerdan en lo mismo. Pero otros pretenden que la santa Victoria de Aix sea una deformación femenina del *Deus Venturus* (5) y complican así las cosas alejándose de la más simple y probable hipótesis. Otro ejemplo. En un templo de Lagon fue descubierto un fresco representando a Venus saliendo del agua. Aquel templo pagano se convirtió en una capilla cristiana que en el siglo XII llevaba el nombre de “Ecclesia Sancti Veneris” o iglesia de San Venero, que fue su patrono, hasta que la capilla fue dedicada a Santa Ágata, invocada por las amas de cría que tienen pechos enfermos. Reflejándose en este caso que es uno de los más claros, notamos que el culto de Venus, en una metamorfosis cristiana similar habría producido una santa y no un san Venero, que fue generado por analogía nominativa; que el culto pagano originario continúa obrando en la nueva patrona invocada por las mujeres que tienen el seno enfermo.

La supervivencia pagana es generalmente la fuerza de inercia del culto muerto que continúa en la tradición costumbrista; aquella que hace que los marinos saluden a las rocas sin saber por qué, que hace que se enciendan en honor de San Juan los fuegos que antiguamente ardían en honor de otros dioses. Veremos en la alta Bretaña cómo se enseña el *menhir* de San Sansón², pero en esta asociación no

2. Los *menhires* son monumentos megalíticos que sirvieron como primitivos templos, adoratorios o tumbas en tiempos remotos. El autor aquí hace referencia a los famosos *menhires de Carnac*, en la Bretaña francesa, el monumento prehistórico más grande del

debemos ver en San Cristóbal una transformación de Hércules, porque Cristóbal existió en el siglo III y sólo en la Edad Media su nombre dio lugar a la leyenda de que había transportado a Cristo. De esta leyenda floreció la representación plástica de un Cristóbal hercúleo. Vemos a la tradición local de Sulmona hacer de Ovidio un predicador, un santo cristiano, pero no ha existido nunca un verdadero y propio culto a San Ovidio. Es fácil, consultando a sabios folcloristas, encontrar material para la tesis de una vasta cristianización de divinidades paganas, pero, si se propone con cautela, o sea, con honestidad de método, muy poco queda de este material después de la elección. Muchos se dejan inducir a error por la etimología. Con argumentos etimológicos se ha intentado reducir a San Luciano o a Santa Pelagia a divinidades paganas. El nombre de Santa Venera y San Venero se ha hecho derivar de Venus, mientras que aquella santa no es más que Santa Viernes en forma latina o italiana. Es preciso notar además que muchos cristianos llevaban nombre que los romanos gustaban dar a los esclavos y a los libertos. Es absurdo que San Dionisio sea la transformación de Baco, porque existirían varios santos con el nombre de Dionisio. Igual sucede con Helios, transformado según algunos en San Elías. Según algunos San Roque usurpó en Francia el puesto de Silvano, dios romano-gálico. Podría ser. Pero un San Roque que vivió en el siglo XIV parece extraño que le haya usurpado el sitio a San Silvano que, según algunos, es la transformación del dios romano de los campos y de los bosques.

De San Silvano han existido varios, y si de los franceses y romanos tenemos escasas noticias, tenemos varias y suficientes de los de Oriente. Luego, el hecho de que San Silvano es celebrado en Levreux (Francia), el 22 de septiembre como el pagano Silvano, no prueba más que una cosa; que el culto de San Silvano es en ciertos lugares la continuación del culto pagano de Silvanus. Este hecho puede explicarse con el equívoco de haber visto en un tributo del

que se tenga registro, cuyos orígenes son neolíticos, pero que las leyendas populares vincularon a las más variadas manifestaciones supersticiosas. (N. de E.)

dios Silvano un nombre propio (*Silvano Silvestre Sacrum*), pero esto no excluye que en la misma Francia se veneren Silvestres históricos.

Existen ciertamente muchos santos legendarios, pero sólo los estudios detenidos y pacientes pueden permitir escribir seriamente sobre ellos. Según Gelzer, San Demetrio es la transformación de Sospolis, el dios tutelar de Tesalónica. Según algunos estudiosos debería ponerse en duda la existencia de San Jorge, en el cual ven la transformación del pagano Perseo o del egipcio Oro, y según otros, San Donato no es más que Hades o Plutón. Incluso se pone en duda la existencia de santos popularísimos, haciéndoles derivar de cultos paganos. Como el de Santa Cecilia según el católico Kellner.

Podríamos sacar la conclusión siguiente de todo esto: que algunas divinidades paganas se transmutaron en santos o santas del cristianismo, pero que, en general, la herencia es más del culto y de los atributos que del nombre; es muy difícil y fácilmente erróneo hacer una identificación. También en este campo la crítica religiosa debiera rehacerse casi por completo.

EL INFIERNO

LA IDEA DEL INFIERNO ES TAN CRUEL que es bueno para ella el dilema de Stendhal: “Dios, o no existe o es perverso”. Si no es perverso, concluían Schopenhauer, Kierkegaard y Guyau, es infeliz. Aristóteles afirma que nadie puede ser feliz si no tiene en torno suyo partícipes de su felicidad con los que ama. De aquí el dilema: si Dios ama a la humanidad no puede ser feliz con el dolor universal, pero si es feliz es entonces perverso.

El Dios cristiano es feliz, por tanto es perverso. Esta afirmación no es una paradoja arbitraria; es toda la tradición cristiana quien lo confirma. El mismo San Agustín no ha visto que la beatitud de Dios y de los beatos no puede estar de acuerdo con la infinita piedad del primero y con la superioridad moral de los segundos. Y Santo Tomás de Aquino, el sumo teólogo de la Iglesia, enseña: “A fin de que los santos del Paraíso recobrasen su felicidad más exquisita, y diesen a Dios gracias por ello, les concedió graciosamente el ver de forma perfecta las penas espantosas de los condenados, y antes gozando con aquellos horribles suplicios”¹.

Afirma, en otra parte, que la dicha de los redimidos es tanto mayor cuanto más sufren los condenados².

El jesuita Drexelius afirma que: “Los felices del Cielo no sólo no tendrán compasión alguna por los tormentos indecibles que sufren el padre, la madre y los parientes, sino que se alegrarán y regocijarán

1. *Summa*, Suppl. A la III P. Tomo II, París, 1617.

2. Suppl, 94 I. Tomo III.

con aquellos y se lavarán las manos en la sangre de aquellos desgraciados”. Y esto es una epístola dedicatoria al nuncio apostólico Cardenal Caraffa³.

El padre Segneri decía en uno de sus sermones que “Dios, infinitamente bueno, desde lo alto de los cielos, se ríe de los condenados, se burla y se mofa de ellos y esto constituye en su trono un placer inmenso”⁴.

Este Dios cruel es el Dios bíblico: “Me reiré de vuestras calamidades y me burlaré de vosotros cuando vuestro terror haya tomado la forma de ruina o de turbulencia... Entonces me llamarán a gritos, pero no responderé; me buscarán con solicitud, pero no me hallarán...”⁵. Y Jesús el bueno, el tierno Jesús, no hace más que hablar del fuego eterno, no hace sino amenazar con la *geenna*, que es el infierno hebraico, “donde serán los llantos y el rechinar de dientes”⁶.

La pretendida misericordia cristiana hacia los enemigos hela aquí en las palabras de San Pablo, en la primera epístola a los corintios (Cap. XIII):

No os venguéis vosotros mismos, amantísimos, sino dejad obrar la cólera de Dios, porque está escrito: Para mí la venganza, para mí la recompensa. Pero si tu enemigo tiene hambre dale de comer; si tiene sed dale de beber; puesto que en el obrar de este modo, son carbones encendidos que acumulas sobre tu cabeza⁷.

San Cipriano hablaba así:

Nuestra paciencia estriba en la certeza de ser vengados: ella acumula ascuas ardientes sobre la cabeza de nuestros enemigos ¿Cuál será aquel día en que el altísimo reunirá

3. Drexelius, *De aeternae damatorum carcere et rege*. Munich, 1630.

4. Segneri, *Quaresinale*. Turín, 1895, pág. 145.

5. Proverbios, I, 26-28

6. Mateo, XVII, 1-5, Marcos, XX, 43-48.

7. Epístola a los corintios, cap. VIII.

a sus fieles, castigará a los culpables con el infierno y hará quemar a nuestros perseguidores con el incendio de los fuegos eternos? ¡Qué inmenso espectáculo! ¡Cuáles no serán mis explosiones de entusiasmo, mi admiración y mi risa!

Por lo tanto, la iglesia católica, confirmando en tres concilios (Constantinopla en el 553, Nicea en el 797 y el Lateranense, en 1215), su doctrina de la eternidad de las penas infernales, se halla en perfecta regla de ortodoxia cristiana.

Esta idea es tan monstruosamente cruel que no faltaron protestas contra ella hasta en el campo eclesiástico. Orígenes la negó, sosteniendo que las penas infernales se hallan destinadas a purificar las almas culpables y así la rechazaron Gregorio de Nissa, Gregorio de Nazancio y San Jerónimo, en los primeros años de su vida de teólogo. En los disidentes, especialmente entre los socianianos, universalistas y en los unitarios, se difundió el principio de que un castigo eterno sería injurioso para la sabiduría, para la justicia y la misericordia de Dios y también para la redención de Cristo⁸.

Estas discordancias llevaron al teólogo P. Tanqueray a declarar que la religión no puede probar de manera *demonstrativa* la eternidad de las penas, sino suministrar solamente argumentos probables.

Pero la doctrina preponderante y verdaderamente tradicional de la Iglesia es aquella inicua y cruel que sostiene: el pecado original, la condenación eterna y la predestinación. Por influjo de San Pablo esta doctrina prevalece en el cristianismo. San Agustín la desarrolló, Lutero y Calvino la proclamaron indispensable para la salvación. La predestinación es afirmada por San Pablo que escribía: “Dios había amado a Jacobo y odiado a Esaú antes de que hubieran nacido y antes de que hubieran hecho algún bien o algún mal; ello había sometido al primogénito al más joven a fin de que el decreto divino quedase firme, no por las obras, sino según la elección establecida por Dios”.

8. I. Turmel, *Historia de la Teología Positiva*. París, págs. 168-190; A. Lehault, *La eternidad de las penas del infierno en San Agustín*. París, págs. 3-48. El socianismo es una doctrina cristiana herética que negó el dogma de la trinidad y la realidad del infierno. Fue promovida por Fausto Socino, reformador italiano renacentista. (N. de E.).

Rousseau, en una de sus cartas a Voltaire (del 18 de agosto de 1756) y en la dirigida a D'Alembert, declaraba que hallaba incompatible con la divina justicia la doctrina de la eternidad de las penas, y protestaba contra ella: "Si hubiera una religión que establece que el que no la siguiera sería condenado a las penas eternas, el Dios de esta religión sería el más cruel y el más inicuo de los tiranos".

Esa religión existe y se llama *cristiana*. La excomunión eclesiástica se encuentra toda impregnada de aquella doctrina como revelan algunas fórmulas que datan de los siglos IX y XI:

¡Que aquellos que están acusados de un anatema perpetuo sufran la cólera del juez supremo! ¡Que sean arrojados con el diablo y sus ministros a los tormentos de las llamadas vengadoras de un dolor sin fin! ¡Que estén en horror para el cielo y para la tierra! ¡Que sean malditos en sus habitaciones! ¡Maldito sea el alimento de su cuerpo! ¡Maldito es el futo de tus entrañas! ¡Que sean privados de sepultura! ¡Amén!

¡Que sus hijos sean huérfanos y sus mujeres viudas! ¡Que sus hijos sean expulsados y obligados a mendigar su pan! ¡Que ellos sean también arrojados de sus casas y que el usurero especule con sus alimentos! ¡Perseguidlos, oh Dios mío, con vuestro furor y cubrir su rostro de ignominia! ¡Amén!

¡Que el Señor los castigue con el hambre, con la sed, con la miseria, con el frío y con la fiebre! ¡Que el Señor los cubra de horribles plagas, de sarna y de roña! ¡Que los abandone a la locura! ¡Amén!

¡Que sean malditos siempre y por todas partes! ¡Que sean malditos de noche, de día y a todas horas! ¡Que sean malditos durmiendo, malditos hasta lo sumo, desde la cabeza hasta la plata de los pies! ¡Que todas las partes de su cuerpo sean malditas! ¡Que sean malditos de pie, echados y sentados! ¡Que su sepultura sea la de los perros y que los lobos rapaces devoran sus cadáveres! ¡Amen!

Con este espíritu *cristiano* la Iglesia ha dominado durante siglos. La inquisición no es más que el purgatorio sobre la tierra para salvar de la eterna condenación infernal.

EL CULTO DE LOS DIOSES Y DE LOS HÉROES

EL ANTROPOMORFISMO Y LA ANTROPOLATRÍA se unen tanto en el culto de los héroes como en el de los santos, pero entre ambos cultos existe una diferencia notable. No podían distinguirla los que, basándose en el carácter antropomorfo del politeísmo pagano, veían en él una antropolatría religiosa, uniéndose, así, con la opinión de Evémero¹.

La teoría evemerista fue reemprendida principalmente por Spencer y por Grant Allen, que intentaron derivar el politeísmo del culto a los muertos. El neo-evemerismo no resiste a la crítica, pero quizá más que falso es unilateral.

Así sólo puede considerarse los mitos que evidentemente están en relación con los fenómenos naturales, pero se puede llenar aquella prehistoria religiosa que va del animismo y demás formas religiosas primitivas al deísmo antropomorfo.

Antiguamente se creía que ciertos hombres o mujeres habían sido anteriores a los astros y que después de muertos se transformaron en ellos, originando así las amplias constelaciones. Ejemplos: Hércules, Perseo, Andrómeda, Casiopea. Los Arcadios se creían *proselénios*,

1. Según dice Cicerón en *De Natura Deorum* I, 42: "Evémero, filósofo de la escuela cirenáica, vivió en la segunda mitad del siglo IV a.C., y sostenía que los mitos relativos a los dioses no eran más que acontecimientos terrestres humanos, es decir, historias humanas llevadas a lo maravilloso. Los dioses para él no era más que hombres vividos en tiempos remotos, los cuales, habiendo emocionado la imaginación de los hombres por su virtud o su valor, o por su fuerza, habían sido, después de muertos, divinizados. Júpiter, según él, había sido un antiguo rey de Creta; como lo prueba la existencia en dicha isla de su cuna".

más antiguos que la Luna y hasta más antiguos que Júpiter, padre de la Luna. Estos mitos presentan un claro aspecto henoteísta², y hacen suponer que ciertos pueblos adoraron primero al hombre y luego a los dioses. No reza aquí la observación de que para adorar a un ser humano como a un dios es necesario primero tener la idea de la divinidad, porque en el proceso genético la piedra que rueda monte abajo, la sombra que se proyecta, el hombre excepcional, o bien monstruosa o ya superior, los rayos, etc., pueden ser igualmente sujetos a un inmediato proceso de modificación.

Entre el culto de *los dioses* y el de *los héroes* existe íntima relación. Vemos sus aspectos fundamentales en la órbita de la mitología clásica, en la que, sin embargo, héroes y dioses están ya muy diferenciados.

Entre los héroes y los hombres no se creía que existiese diferencia de naturaleza, estando unos y otros sujetos a la muerte. Los héroes eran tenidos y creídos como hijos de los dioses. De estos héroes legendarios podemos distinguir tres categorías. Unos pueden haber sido hombres cuya memoria ha conservado, enriqueciéndola, la tradición. Otros son una simple creación de la fantasía, y son más numerosos que los primeros. Los otros, en fin, y aún más numerosos, no eran en su origen más que personificaciones de fenómenos naturales y como tales divinizados y honrados con cultos; pero luego, después de alguna mutación política o social, fueron abolidos del culto oficial, y, permaneciendo vivos en las tradiciones populares, se redujeron a héroes.

El culto de los héroes es el culto a los muertos excepcionales. Los paganos veneraban a los muertos, todos los muertos, atribuyéndoles algo de divino. Los muertos de hecho eran llamados *dioses* (*Di manens*)³, y las muertes de los héroes eran casi siempre misteriosas y divinas. Rómulo al morir fue transportado al cielo. Y estando unida al culto de los muertos la creencia de que el alma de los descarnados

2. El henoteísmo expresa una religiosidad diversa, politeísta, pero centrada en la adoración especial hacia cierta divinidad. La religión egipcia, el judaísmo, el hinduismo y algunas corrientes de la religiosidad helena, por ejemplo, hunden sus raíces en el henoteísmo. (N. de E.)

3. N. Turchi, *Manual de la historia de las religiones*. Torino, 1922, págs. 562-563.

era más apta y poderosa para solicitar a los dioses la gracia, es natural que los héroes se convirtieran en protectores de la ciudad, como fueron Sosispolis, Sosispatris, Filópolis, etc. El culto de tales héroes Patrones presenta muchas analogías con el de los santos. Su tumba era el centro de culto; venía a ser como una especie de gran fetiche; Eneas, como luego muchísimos santos, tenía varias tumbas; en Berecinto, en Frigia, en Macedonia, etc. No más auténticas que las tumbas eran las reliquias. Baste recordar entre tantas la citara de Paris, la lira de Orfeo, el resto del barro con que Prometeo plasmó al ser humano y el huevo de Leda. Había ciudades que pedían a otras los huesos de los héroes, y eran numerosos y frecuentes los traslados de las reliquias. La tumba del héroe es su casa, en ella habita el alma. El héroe, en el fondo, es alguien que cuya muerte no puede creerse. Es el muerto poderoso. Pero no como espíritu celeste⁴, sino como *inmortales humanos*. Estos revelaban su propia fuerza volviendo a la vida, como Cástor y Pólux⁵ que, como cuenta Plutarco en la *Vida de Coriolano*, fueron vistos, montando caballos blancos, combatir en primera línea, en la batalla contra Tarquinia. Que el héroe fue, en su origen, el *fetiche viviente*, se ve en el culto de los héroes cuando se estudia la *Media*⁶, uno de los centros de aquel culto. Cuando un hombre había alcanzado fama de sapiente, su nombre era recordado aun después de su muerte; se depositaban donativos y comestibles en su sepulcro; le dedicaban las primicias de la caza y se enseñaba a los hijos a invocarlo como protector, mediante sacrificios.

Las consideraciones con que eran tratados en la Antigua Grecia los augures y los profetas, la frecuencia de los exvotos en los templos, que revelan qué carácter utilitarista tenía el culto de los héroes. Las divinidades localizadas, los *departamental gods* de A. Lang y los *sondergotter* de Usener, se encuentran también entre los romanos. Los libros litúrgicos de los sacerdotes romanos contenían un catálogo de divinidades locales, las cuales eran adoradas en ocasiones especiales y en razón de ciertas cualidades también especiales que

4. En el Hades griego los héroes no son *beatos* como en el paraíso cristiano.

5. Los dioses hermanos gemelos cuyo mito origina la constelación de Géminis. (N. de E.)

6. "Magia" y "medicina" derivan de "Media".

se le atribuían. Se logró crear divinidades especiales para todas las acciones y circunstancias que podían tener valor⁷.

Tulio Ostilio, viendo en una batalla a sus tropas asustadas por la defección de los alcaneces, prometió, por voto, un templo a Pallore. Después de la derrota de Canas, habiendo perdido por siempre Aníbal la ocasión de apoderarse de Roma, se consagró la memoria de este hecho levantando una estatua al *Ridículo*. No habiendo Roma escuchado, en las vísperas de una invasión gálica, una voz que se decía salía del bosque sagrado de Vesta, anunciando que la ciudad habría sido tomada por los bárbaros si no hubiese levantado las murallas, después de la invasión, se erigió un templo al dios de la palabra, bajo el nombre de *Aius Locutius*.

Los dioses romanos tomaban al hombre en tutela desde el instante de su nacimiento, para seguirlo en todo el curso de su vida. A penas era concebido, *Viturnus* y *Sentinus* le daban la vida y los sentidos; la diosa *Natio* le hacía ver la luz; *Nundina* le protegía hasta el noveno; *Potina* le daba de beber; *Edusa*, de comer; *Paventia*, lo preservaba del miedo; *Ossilagus*, le endurecía los huesos; *Virginicures*, *Imenes* le conducían de la adolescencia al matrimonio; *Sennius* para aliviarle de su vejez. Los campesinos tenían divinidades para todos sus trabajos, para los animales, para los varios trigos, y para los frutos varios; *Segetia* cuidaba de los trigos nuevos; *Nodosus*, cuidaba los haces; *Tutilina*, conservaba los granos; *Pilunus*, presidía el mondaje y la trituración; *Ippina* velaba por los caballos; *Bubona* por los bueyes; *Melo* por las abejas. Y las imágenes de estas divinidades eran colocadas en los lugares donde éstas presidían. Todas las categorías sociales tenían también su propia divinidad; *Jeronia* adorada por los libertos; *Laverna*, adorada por los ladrones.

El pueblo romano además de multiplicar los dioses, acogió cultos extranjeros, como más eficaces para aplacar la ira divina⁸, y vemos al Senado vigilar sus cultos nuevos e intentar reprimirlos. Pero aquellos cultos respondían a necesidades sentimentales, conteniendo ceremonias

7. H. Hóíding, *Filosofía della Religiones*. Piacenza, 1901, págs. 145-146.

8. Tito Livio, XXVI.

de purificación, y la idea del intermedio entre el hombre y Dios; la idea del Redentor. El culto de Cibeles y el de Mitra se habían difundido prodigiosamente en el mundo grecorromano. Mientras que en las clases cultas la babélica masa de los nuevos cultos había desarrollado el escepticismo frente al paganismo⁹, tanto, que en el siglo I de la era vulgar Luciano podía bromear sobre los dioses, aunque en el pueblo el proceso evolutivo era más lento y más continuo. Las grandes divinidades *oficiales* eran adoradas por el pueblo, pero éste no las encontraba bastante vecinas a él, suficientemente accesibles. En los *carmina*, como en las reuniones de los Saliari y en las de los hermanos Arvalli, prevalecía el carácter propiciatorio, y los invocados eran los *Lares Marmar*, divinidades campesinas, y los *Semunis*, divinidades de inferior orden.

En casi toda la literatura sacra de carácter propiciatorio las divinidades de segundo orden son las que más se invocan. Los grandes dioses, muy raras veces, comparecían ante la multitud innumerable de divinidades de tipo local y con carácter de protecciones particulares, tanto, que el más venerado de los dioses de la antiquísima Roma, *Jano*, le parecía a Ovidio ser un dios extraño. Por fin, el radiante Apolo se convirtió en una especie de numen tutelar de la casa Julia y de la Roma Imperial.

El culto tutelar en las corporaciones, la creencia en los milagros, creencia que llenaba los templos con ofrendas votivas, explican cómo la religión popular romana se iba preparando para acoger el culto de los santos propios, mientras maduraba en las clases cultas aquel anteísmo natural que debía facilitar el triunfal advenimiento del monoteísmo hebraico-cristiano.

El pueblo romano creyó en Cristo por las mismas razones sentimentales que desarrollaron el culto a Mitra y a Cibeles, y creyó en los santos por las mismas creencias y supersticiones que le hacían tener fe en los hechiceros, en los magos y en los adivinos que conjuntamente con los propagandistas de las religiones orientales pululaban por todas las ciudades.

9. Escépticos fueron grandes personajes romanos: Cayo Terencio Varrón, Julio César, Cicerón, entre otros.

Estos, expulsados de Roma por Agripa, sometidos a graves acusaciones por parte de César Augusto, expulsados de nuevo dos veces por el Senado, en todas aquellas persecuciones, como nos dice Juvenal¹⁰ veían acrecentarse la fe y la simpatía de los romanos.

Otro elemento notable de este proceso fue el culto imperial, pero de este me ocupé ya en el artículo titulado: “La Apoteosis imperial”.

10. Juvenal, *Sátiras* V, 557.

LA CANONIZACIÓN LITERARIA

LA CANONIZACIÓN LITERARIA, como la llama Delahaye, es la introducción, en el martirologio, de personajes que nunca han sido honrados con ningún culto y por fin de santos imaginarios, “héroes de algún cuento edificante inventado desde el principio al fin, y del que se perdió luego la clave”¹.

En una de las principales fuentes de la hagiografía, el *Gesta Martirum*, Dufourq afirma que no existe un documento auténtico sobre la historia de las persecuciones, porque han sido transmitidas, no por medio de documentos autorizados, sino por tradiciones orales incompletas y deformadas, por clérigos de poca cultura intelectual, escritores de la época ostrogótica. El carácter de los martirologios es privado. Ni la autoridad pontifical ni siquiera la episcopal han intervenido nunca en la labor de los compiladores. El concilio de Aix-la-Chapalle del año 817 ordena la lectura de los martirologios en los monasterios; los estatutos episcopales prohíben a los clérigos el deber de poseer un martirologio, es decir, en muchos casos, un simple caldario para anunciar a los fieles las fiestas de los santos en las fechas establecidas.

Las prescripciones oficiales no van más lejos, de manera que todo redactor de martirologios es libre de introducir en su obra los personajes que quiera. Esta autonomía está puesta continuamente de relieve por los escritores católicos, que no están dispuestos a reconocer lo que Maury ha sostenido en su *Saggio sulle leggende pie*

1. Delahaye, en *Analecta Bollandiana*, N°20, 1909.

del Medio Evo: que la hagiografía de los Santos es una especie de *mitología* del Cristianismo; pero sin embargo, se ven obligados a reconocer que gran parte de la hagiografía es legendaria. El dominico H. Quentin, por ejemplo, reconoce que existen casos en los cuales “el redactor trata ante todo de llenar bien o mal un día libre, y no tiene otra fuente más que un cuento sin valor o también, si se quiere, una fuente histórica, pero insuficiente para permitir afirmar la realidad del culto”, y concluye: “Se desprende de esto que sería imprudente apoyar ciegamente en el martirologio romano, creencias derivadas del martirologio medieval”². Pero si los jerarcas y teólogos de la Iglesia hacen estas reservas, para la generalidad de los católicos, la introducción en el martirologio romano equivale a una canonización, tanto que el Papa Benedicto XI hizo promulgar que la infalibilidad papal no regía en la inserción de los nombres de santos en los martirologios más que en el caso de canonización.

Los casos de canonización literaria más frecuentes son los que de un simple dato hagiográfico se redacta un más o menos amplio y particularizado escrito apologético. Hace algunos años el *Bolletino Parchiale* de Roma publicaba un artículo apologético sobre Tarcisio, “muchacho romano, primer mártir de la Eucaristía”. Sobre Tartisio sólo existen cuatro versos del obispo Dámaso que narran:

Mientras una insana multitud gritaba a Tarcisio, que llevaba los santos sacramentos de Cristo, que los enseñara a los profanos, él, quiso antes abandonar su alma, asesinado, antes de entregar a los rabiosos perros los celestiales miembros.

Hay la *vida* de Santa Cecilia, ignorada por el cronógrafo de 354, de Dámaso y de Prudencio, pero nombrada en los “versos dorados”, y luego se hizo popular con la redacción de la *Gesta*, hasta el punto de suplantar a Cecilio en la iglesia trasteveriana. El obispo de Ravena, Vitale, en el año 565, intento obtener alguna reliquia de la tumba de esta santa, de cuya existencia son “escasas e inciertas pruebas”, como

2. H. Quentin, *Les martyrologes historiques du moyen age*. París, 1908, págs. 688-689.

reconoce un historiógrafo católico³. Realmente, la única biografía de esta santa está en el *Parva Romanorum*, que es un falso de Adonis, que afirma que esta santa murió en tiempos de Marco Aurelio y de Cómodo, mientras que no hay ningún documento histórico que pueda dar estas indicaciones. Pero los diccionarios hagiográficos más ortodoxos dan la vida de la santa diciendo que era romana de nacimiento y patricia, que fue obligada a casarse y que declaró a su marido, Valeriano, que estaba custodiada por un ángel encargado de velar por su virginidad. Valeriano, curioso por ver al ángel, consintió en hacerse bautizar. Su hermano Tibucio y un oficial, Máximo, se convirtieron también: y los tres fueron condenados a muerte. Santa Cecilia habría vivido así en tiempos de Séptimo Severo (193-222). Es de notar que el nombre de esta santa fue inscrito en el canon de la misma y que en 821, bajo el Papa Pascual I, se creyó haber encontrado su cuerpo.

En algunos casos, las hagiografías son un mosaico de elementos evangélicos y clásicos, como sucede con la de San Lorenzo, de Santa Inés y de San Hipólito, y no es raro el caso de que personajes de las *chansons de geste* pasen a la hagiografía, como sucedió con la historia de Amis y Amilo, muertos por Oggiero el Danés, cerca de Mortara, la que fue transformada en vida de santos, los cuales llegaron a tener sus capillas en Novara, en Milán, y tal vez en otras partes⁴.

También el poema de Flora y de Blancaflor dio origen a una santa Rosa completamente legendaria, pero de la cual se imprimió una vida. No obstante, la corte de Roma abolió este culto.

Se han hecho amplios y detenidos estudios de varias explicaciones hagiográficas, y ha crecido el número de los actos apócrifos, como los de Pablo y Tecia, y han quedado los apólogos, como los incorporados por el autor de la vida de los santos Baarlaam y Joasaphen su compilación⁵, pero no es caso de que nos ocupemos particularmente

3. K.A.H. Keller, *L'armée ecclésiastique et les fetes des Saints dans leur evolution historique*. París, págs. 408-413.

4. Delahaye, *Les Origines des Cuites des Martyrs*, Bruselas, 1912, pág. 124.

5. S.J. Warren, *De Gricksh Christelijke roman Baarlman en Joasaf en zijne parabols*. Rotterdam, 1899.

de ellos. Basta indicar algunos casos típicos, que demuestran cuán fácil es formar santos y santas.

El error sobre la naturaleza de *Anastasia* no fue sólo cometido por los atenienses, porque el calendario cristiano ha hecho luego a *Santa Anastasia* personaje místico, que no es más que una hipótesis del nombre griego de la Resurrección. El mismo Juan Crisóstomo, en su 32 discurso sobre los *Actos*, dice formalmente: “Ellos tomaron a la Resurrección como a una diosa, habituados como estaban a adorar divinidades femeninas”. Análogamente el cristianismo popular tiene un “San Paternostro” (*Pater Noster*) y Santa “Toussaint” (Todos los Santos), la cual –el nombre obliga– cura la tos.

En Egipto se festeja los 24 viejos del Apocalipsis y los cuatro animales simbólicos. Y vemos a Pitágoras convertirse en personaje cristiano; y en la tradición local de Sulmona, Ovidio es considerado, además de mago, como gran mercante, profeta, guerrero, como predicador y santo. El pueblo está inclinado a dar vida histórica a los más nutridos personajes; tanto es así que en Roma se enseñaba hasta hace algunos años el lugar “donde cayó Simón el Mago”, aun ahora se enseña en Verona el palacio y la tumba de Romeo y Julieta, que son personajes legendarios.

En muchos casos, basta una inscripción sepulcral, una figura en un sarcófago, para crear una santa o un santo, de los cuales, naturalmente, se descubre el cuerpo. De la frecuencia de estos casos hablan también los mismos escritores católicos, como Duchesne, que habla de una “multitud de tumbas” que fueron consideradas como sacras, y que sólo eran comunes⁶. Delahaye completa:

Estas reliquias, por lo menos sospechadas, fueron vivamente buscadas y muchas veces se contentaban con el nombre escrito en el mármol. Sobre modelos de las pasiones antiguas se compusieron obras que parecieron bastante verosímiles y bien adaptadas para satisfacer la pía curiosidad de los fieles⁷.

6. Duchesne, *Les corps saints des catacombs*, Bulletin Chritique; tomo II, págs. 198-202
7. Delahaye, *Las leyendas hagiográficas*. Bruselas, 1905, pág. 97.

Así sucedió, por ejemplo, con San Lázaro. Un sepulcro de este santo se enseña en Betania, al fondo de una iglesia que data de las cruzadas. Otro sepulcro se enseña en Citio (Larnaca), en la isla de Chipre, pero la tradición quiere que su cuerpo fuese transportado en 899, por el emperador León VI, a Constantinopla. En Autun (Francia), se creía, en la primera mitad del siglo XII, poseer las reliquias de San Lorenzo. La Iglesia de Autun se llamaba de San Nazario. De *Nazarius* se hizo *Lazarus*, y se construyó otra iglesia, que en 1131 fue consagrada por el Papa inocencio II. En 1147 fueron transferidos a esta iglesia los restos del santo.

Un testimonio ocular, el relator de la traslación, observa que en la tumba considerada como la de Lázaro se encontraron guantes del obispo y un báculo temporal. Se trata aquí de cualquier obispo de Autun de los tiempos carolingios o quizá del siglo XI. El testimonio nada dice de la proveniencia de las reliquias ni en qué lugar fue obispo Lázaro. Según el autor de Autun del siglo XII, Lázaro debió de ser obispo de Chipre durante treinta años, y luego se fue a Marsella, con Magdalena y Marta, sus hermanas; según otros autores, se trasladó allí para huir de las persecuciones de los hebreos. Todo esto después de la resurrección.

Otra tumba extraordinaria fue la de la hermana de Lázaro, también en Autun: Santa María Magdalena. Los griegos han distinguido siempre entre María Magdalena y María de Betania, presunta hermana de Lázaro, y ningún libro litúrgico latino, romano o gálico contiene una misa en su nombre. La tumba de María Magdalena era, hasta el siglo VI, uno de los lugares santos de Éfeso. El cuerpo, según la tradición, fue transportado a Constantinopla, a unirse con el de Lázaro. En 1037 apareció en Vézelay, en la diócesis de Autun, el culto y el peregrinaje de Santa María Magdalena, por obra de abate Geolfroy. Los monjes, queriendo probar que la santa estaba sepultada en su iglesia, dijeron que el cadáver provenía de Aix, y crearon varias relaciones sobre la venida de la santa a Provenza e indicaron dónde había sido sepultada. El lugar era una iglesia monacal de Saint Maximin, donde había un sarcófago adornado con esculturas, en las que se quería ver la escena del ágape, donde María Magdalena, identificada con María de Betania, perfumó los pies de Jesús.

Del sarcófago, sepultura galo-romana del siglo V o VI, fue extraído, en 1283, el cuerpo... que Salimbene dice que la gente de Sennigallia (Italia) pretende poseer. Pero, para dar autenticidad al cuerpo, fue encontrado en la pretendida tumba de la santa un documento que, inútil es decirlo, resulta apócrifo.

La costumbre de emplear sarcófagos paganos, no permitiendo la continua angustia de las catacumbas grabar grandes mármoles, o también por razones de economía, ha producido muchos engaños entre los fieles, que por la magnificencia de los sepulcros o por cualquier motivo escultórico mal interpretado o por una equivocada lectura epigráfica, señalaron muchas veces como sepulcros de santos o santas los que no eran más que de cristianos o cristianas comunes. En algunos casos no son muy evidentes los caracteres paganos de la sepultura a causa de haber sido deformados por escrúpulo religioso o moral. En otros casos la costumbre de recubrir los cadáveres con yeso o con cal para conservar la forma exterior del cuerpo, hace que se vean en algunos de ellos mártires cristianos quemados en la cal viva. Por fin, en otros casos, fue una botella encontrada en la tumba y conservada como prueba del martirio.

He ahí algunos casos típicos. Escribiendo sobre la basílica de San Venerado, de Clermont, Gregorio de Tours señala una tumba de notables dimensiones: *Sanctae memoriae Gallae* (A la sagrada memoria de Galla). Nada indica que el antiguo historiógrafo considerase a Galla como una santa, limitándose solamente a observar que en aquella iglesia hay sepulcros cristianos. Pues bien, en la lista de los santos honorados en la diócesis de Clermont el día de todos los Santos de la Auvernia, está Santa Galla. En Marsella, el cuerpo de cierta Eusebia, abadesa de San Quírico, fue puesto en un sarcófago antiguo, adornado con la imagen del difunto, para el que había sido esculpido, y en el sarcófago se puso una inscripción que dice: *Hic requiescit in pace Eusebia, religiosa magna ancilla Dei*⁸, etc., sin ninguna indicación que pueda hacer pensar en un culto. Pero Eusebia se convirtió en Santa Eusebia, porque el busto del

8. "Aquí descansa en paz Eusebia, gran religiosa servidora de Dios" (N. de E.).

hombre imberbe que adornaba al sarcófago fue interpretado como la imagen de Eusebia, y porque el tiempo había mutilado la nariz del rostro, floreció la leyenda de que Santa Eusebia, abadesa de un convento de Marsella, y sus cuarenta compañeras, se habían cortado la nariz para evitar las brutales acometidas de los sarracenos. Un benedictino dice ingenuamente: “Confirma esta tradición la efigie de aquella generosa heroína con la cara partida y la nariz cortada, puesta encima de la tumba con un epígrafe”.

El caso en que fue una botella la que generó un nuevo culto, es el de Santa Teodosia. En Amiens, una banal inscripción puesta bajo de una suntuosa tumba, dedicada a cierta Aurelia Teodosia, no habría llegado a generar el culto de Santa Teodosia a no ser que en la tumba se encontró una de aquellas botellas que se tenían como señales del martirio.

Pero hasta sin tumbas suntuosas, bustos bajo relieves, botellas, etc., puede nacer un nuevo culto. Basta, para generarlo, una lectura epigráfica equivocada. La fórmula común epigráfica *digna et emerita* dio lugar al culto de Santa Emerita y de Santa Digna, hermanas, naturalmente, de las que se cuenta una historia dramática y circunstancial. La clásica inicial B. M., que quiere decir *Bonae Memoriae*, fue leída muy a menudo como *Beati Martyres*. Los arqueólogos sardos interpretan la siguiente inscripción como veremos: *Hic iacet b. m. Speratus: Hic iacet beatus martyr Speratus*, y así de este incógnito hicieron un santo. Un epígrafe incompleto dedicado a la memoria de un tal *Marcellus Vir clarissimus*, que fue cónsul, se convirtió en el epígrafe de un santo Marcelo... *vicarius* general del emperador Teodosio. Middleton en sus *Letres da Roma* (1729) cuenta cómo por una errónea interpretación de una inscripción incompleta de una piedra miliar, un superintendente de las grandes calles (*Praefectus viarum*) se convirtió en *San Viatore*, santo que es hermano gemelo de *San Viar*, cuyo cuerpo cree poseer una iglesia de España, a causa de la equivocada lectura de una inscripción: *Praefectus ocuratores viarum*. De una lista de soldados conservada en los subterráneos de una basílica de San Pedro en Roma, se hizo una lista de mártires, porque la tableta estaba rota, de manera que sólo dejaba subsistir la “s” final de la palabra correspondiente a la columna desaparecida.

El 83° miliario de una vía romana (LXXXIII *miliarium*) fue leído: LXXXIII *milites*: 83 soldados, que fueron supuestos mártires.

Podría citar otros muchos ejemplos por el estilo, pero me parecen suficientes los que he citado. Veremos luego, en otro próximo artículo, un caso de canonización literaria junto con un máximo desarrolló: el de *Santa Filomena*.⁹

9. No hemos encontrado dicho artículo. En cambio, hemos redactado una nota final relativa a la historia de Santa Filomena (N. de E.).

LA EUCARISTÍA

LA IDEA BÁSICA DE ESTE ACTO SACRAMENTAL, según demuestra Frazer en su libro *La rama dorada*, con innumerables ejemplos, consiste en que comiendo una cosa determinada, se adquieren sus cualidades físicas y morales. Dice Frazer:

Quien come el cuerpo del Señor, participa de los atributos y de los poderes de que él está dotado. Y cuando el Señor es el dios del trigo, el trigo es su cuerpo, y cuando es el dios del vino, el jugo de la vid es su sangre; así que, comiendo pan y bebiendo vino, los fieles comparten el cuerpo y la sangre de su señor.

La eucaristía es, pues, una forma de teofagía: “El dogma de la *trasustanciación* –escribe Clood en su libro *Tiabe e filosofía primitiva*–, no deriva de la idea bárbara de *comer a dios*, por cuyo acto el comunicante participa de la naturaleza divina”.

En el *totemismo* encontramos la más simple teofagía. El animal sagrado –*tótem*– del que la tribu primitiva se considera descendiente, no es, en general, ni sacrificado ni comido. Es, por consiguiente, *tabú*¹. Cuando el *tótem* muere, la tribu viste de luto. Pero se considera al animal sagrado como manantial inagotable de fuerzas físicas y de potencia moral. Por lo tanto, si la tribu tiene necesidad de

1. *Tabú* es una palabra que en polinesio significa un objeto que no se puede tocar o destruir bajo pena de gravísimas desventuras.

toda su fuerza y de todo su valor, se reúne en banquete sagrado, comiendo el *tótem* que es muerto en forma ritual y distribuido. Con este sacrificio, cada miembro de la tribu afirma su unión con todos los restantes y todos juntos creen haber asimilado las virtudes excepcionales del *tótem*. Muchos etnógrafos han ilustrado las ceremonias eucarísticas de los primitivos, y el gran historiador de las religiones Roberston-Smith explica de este modo la idea fundamental de estos ritos sanguinarios:

El concepto del sacramento de comer el animal está unido al hecho de participar de la carne de la víctima consagrada, y el misterio solemne de la muerte de una víctima está justificado por la idea de que tan sólo por tal medio se produce la sagrada cementación que crea –o mantiene vivo– el vínculo de la unión entre los adoradores y su dios. Esta cementación no es otra cosa que la vida real del animal sagrado, que se supone reside en su carne y más aún en su sangre; y así, siendo distribuida entre todos los que participan del banquete sagrado, cada uno de éstos incorpora una pequeña parte de aquélla en su vida individual.

Del *tótem* la humanidad pasó al dios que se sacrifica en la persona de quien lo representa, pero entre aquella primitiva concepción religiosa y la que predomina todavía, median fases. Baco, muerto y resucitado para bajar a los infiernos y salvar a su madre Semele corresponde a una de estas fases, que son de transición entre el Dios cruel y el Cristo-Dios².

Pero no podemos ocuparnos de la evolución religiosa de la idea central de la eucaristía, que es, como Frazer ha demostrado, la de la “muerte de Dios”. Volvamos pues a la evolución del rito, que tiene caracteres casi universales y que ofrecen una gran analogía entre sí.

Los iniciados en el culto del dios persa Mitra participaban en un

2. Baco es un epíteto de Dionisos. Otro paralelo de este motivo se encuentra en el mito de Orfeo, con el que también fue identificado Jesús durante el cristianismo primitivo. (N. de E.)

sacramento de pan y vino y se les marcaba la frente con una cruz. San Justino estableció la semejanza entre la religión de Mitra y la de Cristo, principalmente en la eucaristía o consagración del pan y del agua, ya que también el agua fue empleada muchas veces en lugar del vino por las primitivas sectas cristianas³. Entre los árabes primitivos era corriente la muerte ritual de animales; y los fieles devoraban su carne todavía palpitante y bebían su sangre todavía caliente. Sidney Hartland explica que los Tongonachi –tribu de los Chichimendi, en México– tenían costumbre de matar periódicamente tres niños, mezclar su sangre con algunas hierbas del jardín del templo y con jugo de *casidea elástica*, haciendo de este modo una especie de torta llamada *Toyoliat laquate* (o sea, *alimento de nuestra vida*), que todos los adultos de la tribu tenía que comer.

Kingsborouch, en su libro *Antichitá del Mesico*, dice que los antiguos mexicanos celebraban una ceremonia llamada “la santísima cena”, en la que el gran sacerdote dividía en muchos pedazos una hogaza de simiente de remolacha, los metía en un vaso muy limpio y los sacaba después uno a uno con una espina de pita, depositándolos con gran solemnidad en la lengua de cada uno de los asistentes. Los aztecas, antes de la conquista española, hacían un ídolo de pasta representando al dios Vitzilipuztli, y lo rompían en muchos pedazos, que los adoradores comían.

Esta ceremonia tenía lugar dos veces al año; en mayo y en diciembre. Y con frecuencia, según afirma Frazer, el ídolo de pasta había sido hecho con simientes especiales y sangre de niño. Acosta, en su clásica *Storia Naturale delle Indie*, dice:

Los sacerdotes del templo tomaban el ídolo de pasta y lo reducían a pedazos: luego se lo daban al pueblo a guisa de comunión, principiando por los superiores, y siguiendo por los demás, hombres, mujeres, niñas y niños. Todos lo recibían llorando, con temor y devoción, como si fuese algo precioso, creyendo haber comido la carne y los huesos de

3. Dupuis, *Origine de tous les cultes*, tomo V, París, 1910.

dios. Quien tenía enfermos pedía un pedazo, y se lo llevaba con grandes reverencias y veneración.

El gran naturalista Humboldt dice que el sacrificio se hacía con harina de maíz mezclada con sangre, y durante la ceremonia, que se llamaba *Teocualo*, o sea *dios comido*, tenía lugar una procesión en honor del dios *Huitzilopochtli*.

Sucedía con frecuencia que una criatura humana fuese destinada a simbolizar la unión entre el pueblo y la divinidad, y entonces se despedazaba el cadáver del sacrificado y los pedazos eran distribuidos entre todas las familias que se alimentaban con ellos después de haberlos chamuscado y puesto sobre una papilla de maíz⁴.

Entre los antiguos peruanos, los fieles se hacían brotar la sangre de los brazos, rociaban con ella una pasta alimenticia y luego la ofrecían a los dioses. Desde los tiempos más remotos, en la India la teofagia ha sido practicada de este modo: se repartían entre los fieles una pasta empapada de agua en que antes había sido sumergido un ídolo, o bien se sumergía el ídolo de pasta en el agua bendita y se le comía luego. Es de notar que una de las divinidades más estrechamente ligadas con estos ritos de los antiguos indios es *Soma*, que se dice encarnó entre los hombres, fue muerto por ellos y majado en un mortero, subiendo luego al cielo otra vez, en forma de llama.

Los antiguos egipcios celebraban la resurrección de Osiris comiendo una hogaza consagrada por el sacerdote.

También en las ceremonias druídicas se ofrendaban el pan y el vino. Los antiguos escandinavos hacían lo propio. La distribución, entre estos últimos, la hacían los sacerdotes, descalzos y desnudos.

En Tartaria, la eucaristía era efectuada por medio de hostias. A este respecto dice el Padre Grüber: “Yo afirmo solamente esto: que el diablo desnaturaliza de tal manera la iglesia católica, que aun cuando ningún europeo ni ningún cristiano hayan estado nunca por allí, en todas las cosas sustanciales ellos coinciden por completo con la iglesia romana, hasta el punto de celebrar el Sacrificio de la hostia

4. C. Cattaneo, *Opere*. Florencia, 1883, tomo III.

con pan y vino, como he visto yo mismo”. Omíto, en honor a la brevedad, otros muchos ejemplos.

El cristianismo tomó de los hebreos el rito de la eucaristía. Los hebreos lo practicaban por medio de la carne de varios animales, de hogazas y de pan sin levadura. En el mundo romano estaban difundidos por diversos cultos de origen egipcio, que tenían en todas partes templos, sacerdotes y fieles.

La teofagía es afirmada explícitamente por la doctrina evangélica⁵. Cicerón, indignado por las supersticiones paganas, había dicho en su *De divinatione*: “Los hombres han llegado a todas las demencias. Un paso más y comerán los númenes que adoran”. Con los cultos egipcios y con el cristianismo la teofagía entraba en el mundo romano.

Fue la misma iglesia la que confirmó a la eucaristía el carácter de rito teofágico. La *presencia* real de Cristo en la hostia fue discutida por los padres de la Iglesia, desde el siglo II al siglo VIII, y si el Concilio de Jerusalén, en el año 754 la negó, fue aceptada en el de Nicea en el de 787. Y sin embargo, la cuestión quedó en suspenso. Y la indecisión no fue vencida por el Concilio de Roma en el año 1054. Pero la resolvió definitivamente el de 1215, celebrado también en Roma.

El Concilio de Trento (1545-1563) desencadena la excomunión mayor y el anatema contra quien no acepte el dogma de la transubstanciación en la eucaristía.

El Canon I fulmina el anatema contra quien niegue “que el cuerpo, la sangre y la esencia divina están *realmente en la hostia y en el cáliz*”. Y el Canon VIII insiste: “Si alguno dice que Jesús, en la eucaristía, no es comido más que espiritualmente y no *realmente*, que el anatema caiga sobre él”. Después de la consagración, la hostia y el vino han desaparecido; lo que queda son las apariencias (Canon II).

La cuestión de la existencia real de Cristo en la hostia ha sido discutida durante siglos, y no es el caso de examinar aquellas largas, pesadas e inútiles controversias. Recordaré que se alzaron contra la concepción teofágica de la Iglesia de Roma cristianos muy religiosos; el insigne teólogo Juan Eriúgena (833-880), los iconoclastas del siglo

5. Mateo, XXVI, 26-28; Marcos, XIV, 22-24; Lucas, XXII, 19-20

VIII, los heréticos del siglo XII, los albigenses del siglo XIII y los promotores de la Reforma, Zuiglio, Calvino y Lutero.

Lo que dice un teólogo contemporáneo⁶, pone de relieve la concepción grosera de la trasubstanciación eucarística a que conduce el dogma de la *presencia real* de Cristo en la hostia, al hablar de las sensaciones de Cristo en la boca del comunicante. “En el acto de la comunión los fieles tocan realmente la carne del Salvador, al serles colocada sobre la lengua la santa hostia; y dado que todo contacto es necesariamente recíproco, Jesús, por su parte, *al darse en nutrición*, experimenta todas las sensaciones táctiles de extensión, de resistencia, de calor... No tan sólo el tacto, sino todos sus sentidos morales pueden ejercitarse en nuestro favor”.

Hay que poner de relieve el hecho de que un rito importante como el de la trasubstanciación eucarística no haya llegado a ser *oficial* en la iglesia católica más que muy lentamente y con grandes dificultades.

Un tal Pedro de Praga, que dudaba de la trasubstanciación, celebrando la misa *vio* gotas de sangre en la hostia, que se transformó en carne, y en cada gota aparecía la imagen de Cristo coronado de espinas. Aquel cura comunicó el milagro, que se llama el milagro de Bolsena⁷, al Papa Urbano IV, que ordenó al arzobispo de Orvieto, en 1263, recoger el corporal de Pedro de Praga y trasladarlo a aquella ciudad, y encargó a Tomás de Aquino y Buenaventura Bagnorea que *comprobaran* el milagro. Una procesión solemne, guiada por el mismo Papa, acogió las reliquias llevadas de Bolsena a Orvieto. Y el 11 de agosto de 1264 Urbano promulgaba la *Bula Transitorus*, instituyendo la fiesta del “Corpus Domine”, que no alcanzó nunca importancia hasta que el punto que el deber de iniciarla por procesión no fue impuesto hasta 1316, por el Papa Juan XXVII.

6. Leray, *Dogma Dell'eucaristia*.

7. Aquel supuesto milagro fue representado por Rafael, por orden de Julio II. Fue celebrado por toda la Iglesia Romana por orden de Clemente VI, Gregorio IX, Sixto IV y de León XII: fue cantado por Santo Tomás de Aquino, y fue históricamente establecido por el mismo proceso de La Sagrada Congregación de los Ritos. La ciudad de Orvieto, para recoger dignamente las reliquias de la misma de Bolsena, construyó la famosa catedral.

La institución del “Corpus Dómine” no surgió espontánea del ánimo de Urbano IV, ni fue inspirada por el milagro de Bolsena⁸.

Ya las visiones de una monja, Juliana de Cornillón, beatificada más tarde bajo el nombre de Juliana de Lieja, deliberara sobre la celebración solemne del Sacramento. El cardenal primado, en 1247, ordenaba a los obispos de Bélgica la instauración de la nueva fiesta. Jacobo Pantaleón, que debía ser más tarde el Papa Urbano IV, asistía a la ceremonia celebrada en Lieja. Las monjas belgas solicitaron de él que extendiera la fiesta del “Corpus Dómine” a todo el mundo católico.

La importancia ritual y dogmática de la eucaristía no fue en otros tiempos como se podría suponer. Ello era debido a que las jerarquías eclesiásticas se habían apoderado de la eucaristía, haciendo de ella un rito estrechamente sacerdotal, mientras que en la Iglesia cristiana tenía el carácter de un rito de toda la comunidad.

La comunión fue, en sus albores, una comida sencilla, compuesta de pan y vino, que los cristianos primitivos celebraban en común. Esta comida, que se llama ágape, palabra griega que significa *amor*, fue abolida por un concilio celebrado en el año 397.

El cura participó al dar a los fieles pan sin levadura –mientras que los primeros cristianos empleaban pan ordinario–, y vino que les hacía beber en tazas de tierra o de madera. Más tarde el cura daba a los fieles pan empapado de vino, costumbre que mantiene todavía la Iglesia griega.

A partir del siglo XII, el vino quedó reservado para los sacerdotes y tal innovación fue aprobada por los Concilios de Constanza, en el año 1414, del de Basilea, en el 1431 y en el de Trento, entre el 1545 y el 1563.

En los primeros siglos del cristianismo hasta los niños de pecho podían hacer su primera comunión⁹; la Iglesia romana decretó que

8. Según una tradición del tiempo de los paganos, había salido sangre del lago de Bolsena –lacus Vulsimiensis–, como recuerda Virgilio. El milagro de la misa de Bolsena no era único en su género. Antes, en España, en 1239, se decía que habían salido gotas de sangre de seis hostias ocultas en un corporal, para sustraerlas a posibles ultrajes de los moros. Y san Gregorio había visto una hostia transformada en carne viva.

9. Se les hacía beber un poco de vino consagrado, la Iglesia ha mantenido estos usos. En el acto del bautismo, el cura moja su dedo en el vino y se lo da a chupar a los niños.

para ello era indispensable saber el *padrenuestro* y *el credo*, y más tarde, por decisión del Concilio de Trento, que era necesario tener la edad de la razón.

Resumamos: la eucaristía cristiana es rito mágico, teofágico y antropofágico común a casi todos los pueblos, y tiene grandes analogías con la eucaristía pre-cristiana. El clero ha monopolizado este rito, sin elevar su naturaleza, que responde a una grosera concepción antropomórfica de la divinidad y que tiene su origen en un misticismo sensual.

LA CRUELDAD CRISTIANA: LA NOCHE DE SAN BARTOLOMÉ

ENTRE LOS MUCHOS EJEMPLOS DE FEROS y sistemático estrago de *heréticos* por obra de católicos, merece la elección el de la matanza de los hugonotes por el hecho de que más que los otros éste presenta la acción provocadora de la Iglesia de Roma en los conflictos políticos.

Aquel suceso, si fue impresionante por su intensidad, no fue sorprendente ni inesperado. Lo precede aquella larga y complicada serie de tratados diplomáticos, de intrigas cortesanas, de propaganda y conspiraciones que abrió con la alianza de los católicos intransigentes (Angió, Guisa) contra Coligny y Enrique de Navarra y contra la misma Catalina de Médicis, la cual, después de la paz de San Germán, tendía a la política de equilibrio y de conciliación entre católicos y hugonotes. Catalina renunció a aquella política cuando se convenció de que Coligny y los suyos rodearon a Carlos IX para arrastrarlo a una guerra contra España, guerra pedida por ella¹.

De este modo aceptó Catalina, durante cierto tiempo, el programa católico-intransigente, que llevó a la noche de San Bartolomé.

Los curas, los monjes, la gente devota la reclamaban, a grandes voces, en tiempo de Enrique II; los predicadores la exaltaban como

1. La noche de San Bartolomé se inscribió como uno de los puntos más álgidos de las llamadas "Guerras religiosas" que enfrentó a la nobleza y a la población civil francesa durante el siglo XVI dividida entre católicos intransigentes y protestantes, agrupados estos últimos bajo un partido político, los hugonotes, liderados en aquel momento por el noble y militar Gaspar de Caligny (1519-1572). Las mayores potencias europeas participaron de la guerra francesa tomando uno u otro bando. Los antecedentes de estos hechos están en la sucesiva crítica a la autoridad de la Iglesia de Roma que abrió el espíritu renacentista (N.de E.).

única salvación de la Fe; folletos y estampas mostraban a los hugonotes como seres diabólicos, como aliados de Satanás; Pío V la pedía en sus cartas. Con fecha de mayo de 1569 escribía así aquel Papa a la reina madre de Francia, Catalina de Médicis:

... Que no se salven en modo alguno ni por ningún motivo los enemigos de Dios, sino que se traten con todo rigor, porque ellos no perdonaron a Dios ni a vuestros hijos. No se puede aplacar a Dios de otro modo que realizando una justa venganza de sus ofensas. Continúe Vuestra Majestad, como siempre lo ha hecho, combatiendo abierta y ardientemente a los enemigos de la religión católica *hasta el exterminio* y tenga la certeza de que no habrá de faltarle la ayuda divina. *Sólo con el estrago* de todos los herejes podrá el rey restituir a este noble reino el culto de la religión católica (...)

Y escribía así, en julio de 1572, a Carlos IX de Francia:

Es voluntad de Dios, querido hijo, que *sean exterminados pronto* todos aquellos malvados herejes, degollados todos los prisioneros de guerra, sin consideración para ninguno; sin piedad, sin respeto; puesto que no puede ni debe haber paz jamás entre los hijos de la luz y Satán. Deben de ser exterminados por completo sin vacilar a fin de que la raza de los impíos no pulule nuevamente y también para complacer a Dios el cual prefiere, a toda otra cosa, que se persigan abierta y devotamente los enemigos de la religión católica. Recuerda, amadísimo hijo, que Dios había castigado severamente a Saúl y lo había privado del reino porque había empleado alguna misericordia con los amalecitas. De ningún otro modo podrás aplacar a Dios si no castigas severamente, con las penas debidas, las injurias que estos perversos hombres hacen a Dios. Debes hacer, por lo tanto, todo lo posible para que estos malvados sean castigados con los debidos suplicios. Guárdate bien, amadísimo hijo en Cristo, de creer

que pueda hacerse algo más grato y mejor acogido por Dios fuera de la destrucción de sus enemigos por amor a nuestra santa religión. Sé también inexorable con los que se atreven a suplicar en favor de los malvadísimos herejes. *Destruye a todos los herejes y a todos los enemigos de la religión hasta que estén todos degollados*: combátelos abierta y valientemente. Si no te cuidas de extirpar las raíces del mal, éstas volverán a nacer y te destruirán.

Lo que Pío V pedía era la guerra-inquisición y la pedía con astucia de político y de clérigo a un mismo tiempo, dirigiéndose ya al rey, ya al cristiano, agitándoles ante los fantasmas del trono arruinado y de las eternas penas infernales.

Carlos IX y su madre se decidieron. La matanza de los hugonotes fue decretada para la noche del 24 de agosto siguiente.

Refiere Davila (1576-1630) en su *Historia de las guerras civiles de Francia*:

(...) El duque de Guisa, saliendo de la Corte en la oscuridad de la noche, fue, por encargo del rey, a buscar al presidente Charrone, preferido de los mercaderes, el cual es jefe principal del pueblo parisino, encargándole que pusiera a sus órdenes dos mil hombres armados, los cuales llevarían una manga de camisa en el brazo izquierdo y una cruz blanca en el sombrero, con los cuales se pudiera a una misma hora seguir las órdenes del rey; que hiciera estar a las órdenes de todos los jefes o, como ellos dicen, vigilantes de las calles, y que, en todas las ventanas, a los sonidos de la campana del reloj del palacio, fueran encendidas las luces. Todo lo cual, por la inclinación del pueblo y por la autoridad grande del duque de Guisa, además del encargo del rey, fue ejecutado súbitamente.

El rey, el duque de Guisa, el duque de Montpensier, el Duque de Nevers, el duque de Aumale, monseñor de Angulema, gran prior de

Francia y hermano natural del Rey, el duque de Augiό y otros seņores de la Corte dirigieron la matanza. Fue matado el almirante Coligny y lo fueron otros muchos valientes capitanes y nobles hugonotes, que fueron llamados por el rey al Louvre, donde la muerte se abatía sobre ellos tan pronto como entraban allí.

Doscientos notables hugonotes fueron asesinados en las cuadras de aquel palacio. Entretanto, la soldadesca y el populacho hacían estragos con los hugonotes en las calles y en las casas, sin respetar a mujeres, a ancianos ni a niños.

Diez mil fueron, según el historiador Durny, los hugonotes asesinados en París. Si de entre todos ellos más de quinientos fueron los barones, los caballeros y altos oficiales, fue porque estos habían sido invitados a festejar las bodas del rey de Navarra con Margarita. Lo que comprueba la grandiosidad de la terrible maquinación. Ya el día anterior, el rey había expedido muchos correos a diversas partes del reino, con órdenes a los gobernantes de las ciudades y de las provincias a causar estragos en los hugonotes. Muchas ciudades se negaron a ejecutar aquellas órdenes tan infames o las eludieron. El conde de Tenda, en la Provenza, se negó a ejecutar la orden y días después fue asesinado en Aviñón. Así fue asesinado el vizconde d'Orther, gobernador de Bayona, que había contestado al rey el haber comunicado sus órdenes a los ciudadanos y a la guarnición y que se habían hallado buenos ciudadanos, valeroso soldados, "*pero no verdugos*".

Si en las provincias la matanza tuvo lugar en diversos días, lo cual facilitó la fuga a muchos hugonotes, no dejó, empero, de adquirir una notable extensión. Cien mil fueron los asesinados en París y en las provincias, según Perefrix, historiador contemporáneo. En Meaux el 25 de agosto, en la Caridad el 26, en Orleans el 27, en Saumur y en Angers el 29; en Lyon el 30, en Troyes el 2 de septiembre, en Bourges el 11, en Ruán el 17, en Tolosa el 23, en Burdeos el 3 de octubre, la matanza de los hugonotes infieles, por orden del rey, y al grito: ¡Viva Jesús!

El designio de Catalina de Médicis, del Duque de Guisa y del rey Carlos IX de asesinar a todos los jefes protestantes atraídos a París

tuvo pleno éxito. Pero aquella matanza llenó de horror al mundo. Se abrió el vientre a las mujeres encintas para matar a los pequeños herejes y arrastraban los cadáveres por las calles haciendo de ello obsceno escarnio. “Se quejaría el papel –escribía un cronista– si en él escribiéramos todo lo que se hizo”.

El historiador Popelinière, ferviente católico, refiere que Carlos IX, desde una ventana del Louvre, disparaba con una carabina sobre los hugonotes que intentaban, atravesando a nado el Sena, ponerse a salvo en el barrio de San Germán y observa, con complacencia, que “siendo el rey un habilísimo tirador cada disparo suyo mataba a un calvinista”. Catalina de Médicis salió del Louvre con sus damas y damiselas para contemplar los cadáveres de los hugonotes y entre otros quiso ver el de Pons, llamado Soubise, para saber cómo un gentil hombre tan robusto fue siempre impotente con las mujeres, como refieren Pierre de l’Estoile, Brantome y otros. La cabeza de Coligny fue enviada a la corte, macabro regalo al rey y la reina madre complaciéndose en guardarla. “Curas y frailes –dice Popelinière– en nombre de Dios, incitaban a los matadores y ellos mismos, armados de puñales benditos, asestaban golpes de ciego. Las monjas y la abadesa del Monasterio de Santa Clara disparaban tiros de fusil desde la ventana sobre la multitud de fugitivos”.

Después de la matanza el clero celebró fiesta. El 28 de agosto tuvo lugar una gran ceremonia a la cual asistió el rey. El Parlamento decretó una procesión anual para conmemorar la matanza. Y después de ella el nuncio apostólico Cosimo Salviati escribía desde París al nuevo Papa, Gregorio XIII:

Siento congratularme desde lo profundo del corazón con Su Santidad por el exterminio de los hugonotes, dispuesto con tan sabia prudencia por el rey y la reina a fin de que la matanza surtiese el efecto esperado.

En toda Francia se celebra la matanza desde los púlpitos y se difunden medallas, imágenes, libros y canciones celebrando la victoria de Pedro y de César.

El 2 de septiembre de 1572 –refiere Pastor– hallábase conversando con Gregorio XIII, con el enviado de Francia y con algunos cardenales, cuando se presentó el cardenal de Lorena (Carlos de Guisa), que preguntó: ¿Qué noticia desearía vuestra santidad más que ninguna otra?

–El exterminio de los hugonotes para la exaltación de la fe católica romana –contestó el pontífice.

–Y el exterminio se lo traemos Vuestra Santidad para la gloria del Señor Dios y grandeza de su Santa Iglesia –respondió el cardenal de Lorena que al correo que le había traído la noticia le había regalado mil escudos de oro. El Papa hizo acuñar medallas de oro y plata con inscripciones como ésta: *Pietas exitavit justitiam*: La piedad suscitó a la justicia, y las bendijo. Y encargó a Giorgio Vasari² que pintara en tres frescos la matanza; en uno a Coligny herido, en otro Coligny muerto y en el tercero a Carlos IX al anuncio de la muerte del odiado almirante. Giacomo De Thou, autor católico contemporáneo de Carlos IX, en el capítulo IV de su *Historia Universal* escribe:

Llegada la noticia de la matanza a Roma, fue pronto decidido que el Papa, acompañado de los cardenales, se dirigiese a la iglesia de San Marcos para dar gracias a Dios solemnemente por gracia singular que había hecho a la Santa Sede y a toda la Cristiandad; que el lunes siguiente se cantara una misa de gratitud a Minerva y que se publicara un Jubileo universal, porque los enemigos de la verdad y de la Iglesia habían sido degollados todos. Dos días después el Papa se dirigió en procesión a la iglesia de San Luis de los franceses, los obispos y los cardenales iban a la cabeza de la procesión, luego los embajadores de los soberanos, después el Papa bajo un palio, el embajador de Carlos IX llevaba la cola del vestido del Papa y la caballería cerraba el cortejo. Llegados a la iglesia es cantada la misa con soberbia y pompa. *Por la felicísima*

2. Giorgio Vasari (1511-1574) pintor y arquitecto del renacimiento italiano, considerado uno de los primeros historiadores del arte. (N. de E.)

nueva –dice el pontífice– *de la destrucción de los infames hugonotes*. Sobre la puerta había una inscripción, la cual decía que el cardenal de Lorena, en nombre del cristianísimo Carlos IX, daba gracias a Dios y felicitaba al pontífice y al Sacro Colegio por el éxito espléndido y maravilloso debido a los consejos, a los auxilios y a los ruegos que Su Santidad había hecho durante doce años.

El Papa ofrecía después una rosa de oro a Carlos IX, enviaba el legado de Orsini a la Corte de Francia, con la misión de conceder indulgencia y bendiciones.

En Roma, Camilo Capilupi tejió la apología de la matanza que el famoso latinista Mureto denominó “¡Santa y admirable acción!”. ¡Y entre los apologistas se hallaba Torquato Tasso³! En Madrid se celebró como otra victoria de Lepanto y varios escritores españoles lamentaron que los hugonotes no tuvieran una sola cabeza. Fue una orgía de alegría fanática.

Mas, la matanza de ancianos, de mujeres y de niños horrorizó a los mismos contemporáneos. Juan Choisinin, enviado de Catalina de Médicis en Polonia, país muy católico, escribía en su memorial destinado a la reina madre que noticias de viajeros, estampas y opúsculos sobre la matanza de los hugonotes habían hecho detestables a los franceses, que muchos no toleraban que en su presencia se pronuncia el nombre de Carlos IX y que “las señoras hablan de ello con tal efusión de lágrimas como si hubieran estado presentes en las ejecuciones”.

La matanza del famoso Coligny; de Pierre Ramus, filósofo; de célebre historiógrafo Laplace y de otros hombres de valía, escandalizó a varios personajes de las más importantes familias de la misma Francia y se recuerda a un La Tour d’Auvergne que, por indignación, se hizo calvinista. El rumor de que la matanza de los hugonotes se derivó de los preceptos dados por la obra de los Maquiavelo a la familia de los

3. Torquato Tasso (1544-1595) poeta épico italiano, célebre por su obra *Jerusalén Liberada*, que trata sobre el asedio a la “ciudad santa” durante la primera cruzada. Obra político-religiosa, defendía la unidad del cristianismo, por lo que representa una invectiva contra el protestantismo de la época. Es considerado uno de los mayores poetas italianos. (N. de E.)

Médici, rumor difundido por el calvinista francés Uberto Langues en su libro *Judicia contra tyrannos* (1579), contribuyó, como observó Fósculo, a hacer odiosos a los Maquiavelo en toda Alemania, donde el libro hizo furor, bajo los auspicios de Melantone.

Los protestantes agitaron el recuerdo de la matanza de los hugonotes y el 30 de octubre de 1589, diez y siete años después de la noche sangrienta, las tropas de un “rey legítimo” entrando en París, gritaban: “Saint Barthélemy” como grito de venganza.

Voltaire escribía en la *Henriada*:

(...) Pero lo que el porvenir tendrá trabajo en comprender, lo que ustedes mismos creerán con gran dificultad, es que estos monstruos sedientos de sangre, incitados por sacerdotes malvados y sanguinarios, invocaron al Señor al degollar a sus hermanos, con el brazo que chorreaba sangre de los inocentes osaban el ofrecer a Dios aquel execrable incienso.

No nos es difícil el comprender la terrible y despiadada matanza de los hugonotes. ¿No se vieron, con ocasión de mítines de las congregaciones religiosas en Francia, no se vieron hordas capitaneadas por curas fanáticos gritar por las calles: “¡Viva San Bartolomé!”? Y todavía en 1904, la *Revista Teológica* de Clermont escribía: “Verdaderamente la noche de San Bartolomé fue una noche de inefable esplendor ¡Para la patria y para la Iglesia!”

La inquisición y la guerra religiosa se hallan aún en el ánimo de los católicos.

EL VATICANO

UNA NOCHE DE JUNIO DE 1879, Pío IX respondía a monseñor Guidi, arzobispo de Bolonia, que alegaba las tradiciones para justificar su discurso conciliar sobre la autoridad doctrinal del Papa: «La tradición soy yo». De esta opinión de Pío IX, se había demostrado prácticamente sostenedor cuando, el 8 de diciembre de 1854, había definido el dogma de la Inmaculada Concepción sin recurrir al Concilio. La Iglesia es, por naturaleza propia, autoritaria y unitaria. El Papa, emperador en los orígenes de su poder, es rey absoluto en el ejercicio de su autoridad. Es el sacerdote máximo, por tanto el intérprete de Dios, el heredero y custodio de la tradición. Es la unidad de la Iglesia lo que impone la autoridad del Papa. Proudhon ha comprendido bien esta naturaleza monárquica de la Iglesia y del Papado y la ha considerado como eminentemente política.

Bismarck, en 1872, decía: «El Papa ha sido en todo tiempo una potencia política que ha intervenido con el mayor éxito en las cosas de este mundo, que tiende a esas intervenciones y que hace de ella su programa».

Mighetti, en *Chiesa e stato*, reclama con precisión la serie de actos con los cuales el Papado ha llegado a declararse superior a todas las monarquías, «como el sol a la luna», «como el espíritu a la carne».

En el *Decretal per Venerabilem*, Inocencio III, en 1202, afirma su derecho a juzgar y a verificar los poderes de los reyes y de los príncipes. En el *Decretale Ad Apostolicas*, Inocencio IV, en 1245, afirma el derecho de deponer a los soberanos desobedientes a las órdenes papales, el de lanzar contra ellos la excomunión, el de librar a sus

súbditos del juramento de fidelidad. Y aquel Papa aplica estos derechos deponiendo a Federico II e invocando el cuerpo electoral del Imperio para nombrar a su sucesor. Las bulas de Bonifacio VIII, de Juan XXII, y sobre todo la bula *In Coena Domini* de 1370, desarrollan y generalizan todas las consecuencias de estos principios. Los papas promulgan directamente las leyes civiles concernientes a los católicos de todos los Estados, establecen jurisdicciones especiales para la interpretación y la aplicación de estas leyes, crean en cada Estado una jerarquía con el Papa a la cabeza, para juzgar las contestaciones relativas a aquellas leyes. Y reivindican la prioridad de jurisdicción en toda la cristiandad, afirmando que esta jurisdicción se extiende a todos los que han recibido el bautismo. Benedicto XIV, Pío VI, y Pío VII afirman este derecho, que es reivindicado todavía en 1873 por Pío IX, el cual, en una carta al emperador de Alemania, escribe: «Todo el que ha recibido el bautismo pertenece al Papa».

Como lo ha dicho Renán, «en el fondo de toda institución hay una ficción». La soberanía pontificia está, como todos los poderes, basada sobre una arbitrariedad, sobre una tradición falseada, sobre un engaño. La supremacía del obispo de Roma: he ahí la investidura del Papa. Se dice que tal supremacía fue decretada por el Concilio de Nicea. No es verdad. El texto originario del decreto falsamente interpretado, es conservado en el British Museum. Puede consultarlo todo el que quiere, y constatar que aquel Concilio no ha dado ninguna superioridad a un solo obispo en detrimento de otro, y de la democracia de la Iglesia primitiva.

El Papado es la monarquía en la Iglesia. Es la Iglesia que se convierte en potencia política. Bonifacio VIII, cuando, en el año 1298, Alberto de Austria fue elegido emperador y no se ocupó de Italia, se puso la corona en la cabeza, diciendo: «Yo soy ahora César; yo defenderé por mí mismo los derechos del Imperio». Y lanzó poco después contra el rey de Francia la bula *Clérigos laicos*, que declaraba al clero exento de todo impuesto, y luego la bula *Unam sanctam*, que recuerda que todos los hombres están sometidos a la autoridad papal, desafío audaz al poder civil que fue recogido por Felipe *el Hermoso*.

El Papa santo desaparece. Aparece el Papa guerrero, el Papa

diplomático, el Papa financista. La Iglesia hace sus guerras, anuda intrigas y hace de mediadora entre los Estados, se hace banquera utilizando a los judíos, se hace negrera mediante los misioneros, se crea una potencia colonial mediante los jesuitas.

La Iglesia de Roma ha tenido hasta hace ocho siglos el dominio político de toda Europa. Tiene una nostalgia inextinguible de ese poder. Su jerarquía es una marca de ese poder.

Tenemos el 261 Papa; el Consejo de la corona está constituido por los Cardenales: 29 italianos y 30 extranjeros. Los cardenales constituyen la parte directiva y consultiva de las Congregaciones sagradas que residen en Roma, a las cuales es confiado el manejo y la solución de todos los asuntos más importantes de *la Iglesia Católica Apostólica y Romana*.

Siguen los patriarcas, los arzobispos, los obispos, los *abati nullius*, los vicarios, los prefectos apostólicos: 1604 jerarcas que gobiernan la Iglesia en todo el mundo. La Santa Sede tiene representaciones diplomáticas en 36 Estados y delegaciones apostólicas en 21, y 35 naciones tienen su representación diplomática ante la Santa Sede. La Iglesia tiene sus tribunales eclesiásticos y en el Estado de la Ciudad del Vaticano, un tribunal civil.

El Vaticano es una Corte, un Ministerio de Asuntos Extranjeros, un museo, la dirección de la acción política católica de todos los países del mundo. Es natural que la Basílica de San Pedro sea el templo menos místico del mundo. Aquel obelisco egipcio está en armonía con el palacio babilónico. El Faraón, vestido de blanco, está allí flirteando con todos los gobiernos.

Pío XI es el Papa de los concordatos. Los ha firmado con Baviera y con Polonia en 1925, con Lituania en 1927, con Checoslovaquia y con Portugal en el año 1928, con Italia y con Prusia en 1929. Es natural que los haya firmado con Austria y con Alemania en 1933.

Epílogo

LA INVENCION DE SANTA FILOMENA

AL FINAL DEL ARTÍCULO *La canonización literaria*, Camilo Berneri anuncia que, dentro de múltiples ejemplos, querría destacar la historia de Santa Filomena, dedicándole otro artículo en el que desarrollaría los rasgos de su figura emblemática. No fuimos capaces de encontrar dicho texto, por lo que, queriendo cumplir las intenciones del autor, encontramos ocasión para referirnos a la supuesta vida de este personaje.

Con rapidez comprobamos las razones del por qué Berneri quería detenerse en ella; resulta increíble la carga fantástica que reviste su historia, que no aparece registrada en ningún martirologio recién hasta el siglo XIX. De hecho, el descubrimiento de esta “santa” surge con el desenterramiento de una tumba romana en las Catacumbas de Santa Priscila, en el año 1802. La tumba tenía una inscripción dedicada a una tal *Filumena*, “hija de la luz”, y dentro de ella fue encontrado el esqueleto de lo que se determinó que correspondía a una muchacha. También la tumba estaba adornada con símbolos grabados de un ancla, alegoría de una cruz encubierta o del viaje hacia el otro mundo, de flechas y de una flor, además de recipientes que contenían lo que pareció ser sangre seca. La conjunción de todos esos símbolos en la tumba del esqueleto sirvió como excusa para redactar toda una historia dedicada a consagrar la vida del supuesto martirio de la joven que allí descansaba.

Filomena había sido la hermosa hija de un rey griego en tiempos del emperador romano Diocleciano. Por razones políticas su padre se presentó en la corte del Emperador, solicitándole apoyo en una

guerra que libraba. Fueron admitidos él y su hija a una audiencia, y tras escuchar la solicitud, el Emperador, usando sus ilimitadas prerrogativas, determinó poner a disposición la fuerza de sus legiones a cambio de recibir la mano de la joven Filomena. El rey griego se sintió enormemente honrado con tal propuesta, pero su hija se opuso tenazmente, declarando su fe en Cristo y su promesa de consagrarle para siempre a él su virginidad. Ante semejante muestra de rechazo, se cuenta que Diocleciano quiso humillarla mandando a azotarla en la vía pública, torturándola hasta bañar todo su cuerpo en sangre. Sin embargo, la historia dice que cuando fue devuelta a prisión para que allí muriera, Dios intervino enviando a dos ángeles que bañaron con bálsamo sus heridas, sanándolas y revitalizándola completamente. Consternado, el Emperador admitió la intervención divina, pero no de Dios, sino de Júpiter, quien pretendía hacer a Filomena emperatriz de Roma. No obstante, la joven se habría mostrado inquebrantable en su decisión de conservar para siempre su virginidad, por lo que el Emperador, furioso, ordenó que se le arrojase al río Tíber atando a su cuello un ancla. Pero Dios habría intervenido otra vez con la ayuda de sus ángeles para que cortaran la soga y llevaran a salvo a Filomena a la orillas del río. Diocleciano, creyendo estar frente a la presencia de la magia, obligó a que flechas ardientes atravesaran el cuerpo de la muchacha, pero al ser perforada las heridas se regeneraban, e incluso algunas flechas se devolvían en contra de los propios verdugos. Para semejante situación, la multitud aglomerada frente al suplicio comenzó a dar testimonio público del poder de Dios, y algunos empezaron a abrazar la fe cristiana. Finalmente el Emperador ordenó que la decapitaran. Su cuerpo fue sepultado supuestamente bajo los símbolos de las flechas y de la cruz convertida en ancla para dar testimonio de su martirio.

Desde que se redactó esta historia, recién hace casi doscientos años, Santa Filomena se convirtió en patrona de las mujeres infértiles, y se sumó a los múltiples relatos míticos que se han confeccionado para nutrir el imaginario cristiano y erigir símbolos de resistencia ante el paganismo o la herejía. Bajo este punto de vista, las santas y santos resultan ser ficciones elaboradas sobre residuos de otras

espiritualidades, hechas para llenar el vacío mitológico que dejan las incontables e insistentes divinidades paganas, que deben abandonar su presencia solamente a las fuerzas satánicas o a las celestiales. Por lo tanto, santas y santos no serían otra cosa que propaganda, deformación de la conciencia y de la memoria, que como sugiere Berneri, sería el trasfondo de las actas de los mártires cristianos.

La manipulación del pasado, la inoculación de propaganda ideológica revestida de supuesta memoria sagrada es una práctica que hasta nuestros días se hace patente. Su peligro reside en que, desde la óptica del poder, apropiarse de la memoria es, realmente, apropiarse de la identidad de un pueblo, falsificarlo para velarle su pasado, la historia permanente de su brutal, sangriento y miserable sometimiento.

Y la historia de aquel sometimiento podemos encontrarla en las voces con que el poder ha querido perpetuarse y que ocultan las de aquellos que fueron subyugados; en la nominación de la realidad geográfica, por ejemplo, pues el poder, por medio de su propaganda, nos hace referirnos a los espacios que habitamos muchas veces con los nombres de sus servidores, sean militares, curas o políticos, como también santas y santos cristianos. Es una forma de veneración, al menos nominal.

La misma ciudad capital del reino de Chile, nombrada quizá *del Mapocho* por los que levantaron sus originales cimientos, fue llamada así por la dominación colonial española en honor del apóstol Santiago, patrono de la metrópolis, señal de aquella estricta alianza entre el poder y la religión oficial católica. Y en una de las estribaciones de la ciudad, en la falda del cerro llamado San Cristóbal, en cuya cima se levanta con los brazos extendidos una enorme estatua de la Virgen María, comienza precisamente la calle de la virgen Santa Filomena, en cuya trayectoria se encuentra la alta iglesia gótica dedicada a la santa, en pleno barrio Patronato ¡Cuán cerca todavía estamos de esas influencias!

Aunque hoy en día la veneración hacia la espiritualidad de aquellos símbolos es desde hace tiempo decadente, como un movimiento que pierde su impulso y que se mueve sólo por la inercia de su peso,

su promoción a través del poder se conserva como instrumento, reteniéndonos en los residuos de dogmas caducos y siempre transgredidos. Sirve para alimentar las peores emanaciones que nacen de las actuales doctrinas cristianas: su hipocresía, el pérfido parasitismo autoritario de pastores eclesiásticos o políticos, que fanatizan todavía a las personas para ponerlas en contra de sus semejantes, justificando y encubriendo el odio hacia las mujeres y el libre pensamiento; la culpa como motor moral y la virginidad como uno de sus valores supremos, la satanización del placer sexual, el frío sometimiento de la voluntad femenina a la ley que los hombres “interpretan” de Dios. Todo ello muestra aquel odio hostil hacia la vida genuina y autónoma, odio revestido de *amor*, pero que anima a un cuerpo descompuesto a levantarse otra vez y legitimar su presencia para regar este *valle de lágrimas*.

Josep Verdura

NOTA SOBRE LA VIDA CAMILO BERNERI

RETUMBABAN LAS ESCALERAS CON CADA PASO que aquellas botas policiales daban por el peso extra que conlleva tomar dos cadáveres que iban a ser arrojados a la calle. Así terminaron sus días, aquel frío otoño, Camilo Berneri con Francesco Barbieri. El cuerpo del primero lo encontró la Cruz Roja en la Plaza del Ángel, el del segundo fue visto a tan solo seiscientos cincuenta metros de distancia, en Las Ramblas. Era un jueves 6 de mayo de 1937.

El martes de esa semana dos sujetos golpearon la puerta del edificio donde vivía Camilo y Francesco. El reloj marcaba cuatro minutos para las diez de la mañana. Barbieri los hace pasar, los sujetos registran el lugar, para luego marchar. Los anarquistas italianos notan que estas personas tenían brazaletes rojos y que entran al Sindicato de Agua, Luz y Fuerza de la Unión General de Trabajadores (UGT), el cual se encontraba próximo a su residencia. Ese día el edificio donde vivían los compañeros estaba rodeado por dos barricadas, una ubicada en Vía Durruti, actualmente conocida como Vía Layetana, al costado Plaza del Ángel, y la otra en la calle Ilibreteria.

En palabras del historiador Agustín Guillamón, *“el peor lugar posible, en el peor de los momentos”*. Esto, porque estaban ocurriendo los sucesos que después se conocieron como las Jornadas de Mayo en Barcelona, al inicio de la Guerra Civil Española, en donde las posturas sobre “primero la guerra y después la revolución” y “hacer la revolución como estrategia principal” se resolvieron a balazos entre reformistas y revolucionarios. La UGT tenía la postura de defender la república y postergar la revolución. En cambio, Camilo

con Francesco tenían la postura contraria, lo que hizo que algunos sectores del anarquismo pugnasen con el gobierno, el Partido Unificado de Cataluña, el Partido Comunista Español, e incluso sectores de la Confederación Nacional del Trabajo (CNT).

Cinco horas después de la curiosa visita, vuelven a golpear la puerta. Esta vez eran seis personas, también con brazaletes rojos para hacer otro registro. Ahora se llevan armas, documentos y libros. Les ordenan no desalojar el recinto, o si no les dispararán desde el edificio de la UGT.

Al día siguiente, miércoles 5 de mayo, hacen ingreso nuevamente los sujetos con brazaletes, pero esta vez no estaban solos, venían con la policía y una orden de arresto para los ácratas italianos, Camilo Berneri de treinta y nueve años de edad, y Francesco Barbieri de cuarenta y uno. “¿A qué se debe el motivo de la detención?” preguntó Barbieri al oficial. Este le responde: “Por contrarrevolucionarios”. Francesco replica con rabia ante tal insulto, “¿Contrarrevolucionarios? Primera vez en mis veinte años como anarquista que me ofenden de esa manera”. “El anarquismo es un elemento contrarrevolucionario”, dice tajante el oficial. Francesco, enfurecido le ordena al despreciable policía que se identifique. Este muestra su placa, la que la compañera de Barbieri, que estaba con ellos, anota con atención el número su número: 1109.

Esa fue la última vez que se les vio con vida.



En Lodi, en el seno de una pareja de jóvenes italianos de clase media nace Camilo Berneri en mayo de 1987. Su madre, Adalgisa Fochchi, es una destacada profesora de primaria con ideas progresistas que influyen en su hijo Camilo desde muy pequeño.

A la edad de quince años el muchacho comienza a participar en el Partido Socialista Italiano, específicamente en la Federación Juvenil Socialista de Reggio Emilia, donde llegó a formar parte del Comité Central. Pero abandona el partido en 1916, a la edad de dieciocho años. Su evidente alejamiento con el Partido Socialista

Italiano tiene que ver con su progresiva burocratización. Es en este periodo donde Berneri comienza a formarse como un anti-autoritario hasta el día de su muerte.

En 1917 estalló la Revolución Rusa, y Camilo, como muchos revolucionarios de todo el mundo, la ve con entusiasmo y le entrega su apoyo, aunque no pasara mucho tiempo para que él y muchos compañeros queden desilusionados del carácter autoritario que toma esta. Ese mismo año Berneri se compromete en matrimonio con una joven de su edad, Giovanna Caleffi activa militante del movimiento anarquista italiano hasta su deceso en 1962.

Camilo y Giovanna se mudan a Florencia, y al año siguiente tienen su primera hija, Marie Louse Berneri (1918-1949), quien será escritora y propagandista incansable, autora del libro “*Viaje a través de la utopía*”, el cual será publicado luego de su fallecimiento. Para 1919, la joven pareja concibe a su segunda hija, Giliana Berneri (1919-1998), quien se convertirá en doctora y tendrá protagonismo activo anarquismo francés durante toda su vida al igual que su hermana y su madre.

Posterior a la Gran Guerra (1914-1918) en Italia se vive lo que se llama *Biennio Rosso*, que es el entusiasmo proletario, posrevolución rusa, que motiva a los obreros a tomarse las fábricas y a fortalecer el control obrero en algunas localidades de la región, como lo fue Turín entre 1919 y 1920. Pero poco años después, en noviembre de 1922, un grupo de matones se toma el poder, liderados por Benito Mussolini. En estos años Camilo Berneri deja caer su pluma y sus ideas en diversos periódicos libertarios como *Ancona Volontá*, dirigido por su amigo y compañero Luigi Fabbri, pero también se relaciona en *Umanità Nova* del ya envejecido compañero Errico Malatesta.

Camilo Berneri le escribe a Fabbri, sus principales inquietudes políticas e intelectuales diciendo:

Yo me habría dedicado a una obra cultural, a la cual me lleva un lado de mi temperamento, si tuviera la convicción de tener una inteligencia excepcional. Sé que no la tengo, y no tengo la voluntad tenaz que permitiría compensar,

en muchos campos, el talento. Desde hace muchos años escribo ensayos, que nunca publiqué, y que destruí, en gran parte, sobre psicología, pedagogía, etc., pero son muy poca cosa. Lo curioso es que de un lado me siento empujado a la política militante, del otro, en el campo cultural, los estudios preferidos son o de una muy particular erudición (me perdí tanto tiempo en cosas grotescas: psicología zoológica, telepatía, etc.) o terriblemente abstractas (tengo un ladrillo, como material, sobre el finalismo). Nace de eso un malestar general. Cuando soy estudioso no soy revolucionario, y entonces me vienen remordimientos. Ahora, sin embargo, estoy dando una dirección a mis estudios.¹

Sus estudios universitarios fueron tan amplios como brillantes: hizo un doctorado en filosofía y letras en la Universidad de Florencia, influyendo en su trabajo intelectual el historiador Gaetano Salvemini, uno de los pensadores más notables de la intelectualidad italiana del siglo XX, que influirá decisivamente en su formación. Ejerció su vocación como docente en la enseñanza media y normal de Florencia, Cortona, y Milán, junto con un incesante activismo antifascista. En 1926, tras la promulgación de las llamadas leyes fascistas, que limitan la libertad de oposición al régimen de Benito Mussolini, Camilo abandona el país. Se va a París con la compañía de su compañera Giovanna, donde logran poner una pequeña tienda de frutas y verduras, para poder mantener a sus pequeñas hijas Maria Luisa y Guiliana.

Durante diez años Camilo será el anarquista más expulsado de Europa. Sufrió prisión en Bélgica, Holanda, Luxemburgo y Francia, siempre perseguido por la policía y el gobierno de Mussolini.

Luego de una vida agitada, la tranquilidad parece no querer llegar. El contexto en que vive Berneri es complejo, Revolución Rusa en el 1917; Marcha sobre Roma en el 1922 y aguje del fascismo;

1. Septiembre 1929, a Luigi Fabbri, refugiado en Montevideo, *Pensieri e Battaglie*, pags. 91-93. Extraído de Frank Mintz, "Vigencia del pensamiento de Camillo Berneri", *Revista Germinal* N°3, abril 2007. p. 4.

exilio en el 1926; polémicas con diversos compañeros en Francia, pero algo llegaba en el verano de 1936. Un golpe de Estado contra la república española genera un vacío de poder no menor, en un lugar donde el anarquismo ha dado frutos luego de casi 60 años de luchas y represiones.

Camilo en conjunto de diversos compañeros anti-fascistas italianos viajan inmediatamente a Barcelona. Emprende el viaje en conjunto con Carlo Roselli. Roselli había sido un socialista que también fue exiliado a Francia por las leyes fascistas del 1926, y que para el 1929 funda el grupo antifascista *Justicia y Libertad* en Francia. Forman junto a Carlo, y Mario Angelioni (republicano) la Columna Militar Italiana que llega el 17 de agosto de 1936 a Barcelona. La primera brigada italiana, que entonces tendrá, el nombre Rosselli, constará de entre 50 y 150 hombres, reclutados entre los italianos exiliados en Francia para el movimiento *Justicia y Libertad* y el *Comité anarquista italiano Pro-España*; entre ellos también estaban los anarquistas Umberto Marzocchi y Camilo Berneri. Del cual, como sabemos, no saldrá de España con vida. La columna desaparece en junio de 1937, ya que sus combatientes son todos derrotados y Bifolchi abandona España en dirección a París. Para ese entonces Berneri lleva un mes muerto en las calles de Barcelona.

Desde el 16 de noviembre de 1951 los restos de Camilo descansan en una fosa común del cementerio de Sants en Barcelona.

REFERENCIAS:

- GUILLAMON, Agustín, “*Asesinato y entierro de Camillo Berneri, Francesco Barbieri, Adriano Ferrari, Lorenzo di Peretti y Marco Pietro en Barcelona, mayo de 1937*”, publicado en *Llamada a los anarquistas y otros escritos* de Camillo Berneri, Editorial Pensamiento & Batalla, Santiago, 2018.
- MINTZ, Frank, “*Vigencia del pensamiento de Camillo Berneri*”, Revista Germinal N°3, abril 2007.
- RAMA, Carlos, “*Camillo Berneri, el intelectual anarquista*”, publicado por Portal OACA <https://www.portaloaca.com/historia/biografias/5413-camillo-berneri-intelectual-anarquista.html>

FUENTES DOCUMENTALES

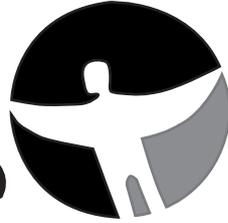
- “La apoteosis imperial” se publicó en dos números de *La Revista Blanca*, 114 (15 de febrero de 1928) y 115 (1 de marzo de 1928), en la ciudad de Barcelona (España). Traducción fue de Elizalde.
- “Los héroes guerreros como grandes criminales” se publicó en *Il monito*, París, número 14, 30 de julio de 1927. Traducción de Concetta.
- “La Meca” se publicó en *La Revista Blanca*, número 200 (15 de septiembre de 1931). Traducción de E. Muñiz.
- “El pecado original” fue extraído del tercer tomo de la antología “Escritos” (dedicado al Anticlericalismo), editado por Anarquismo en PDF. En dicha edición aclaran que fue publicado en francés por Émile Armand en *L'en dehors* (15 de marzo de 1931, París), apareciendo en castellano en *Solidaridad Obrera* (1982) traducido por Fernando Ferrer Quesada.
- “Divinidades paganas cristianizadas” se publicó en *La Revista Blanca* (1 de diciembre de 1929).
- “El infierno” se publicó en *La Revista Blanca* (1 de febrero de 1931).
- “El culto de los dioses y de los héroes” se publicó en *La Revista Blanca* (15 de diciembre de 1928).
- “La canonización literaria” se publicó en *La Revista Blanca* (1 de junio de 1929).

“La eucaristía” se publicó en *La Revista Blanca* (1 de octubre de 1932). Traducción de Eusebio Carbó.

“La crueldad cristiana: La noche de San Bartolomé” se publicó en *La Revista Blanca* (1 de mayo de 1931). Traducción de E. Muñiz.

“El Vaticano” se publicó en *Tierra y Libertad* (17 de mayo de 1935).
Extraído del tercer tomo de la antología “Escritos” (dedicado al Anticlericalismo), editado por Anarquismo en PDF.

Editorial Eleuterio



del Grupo de Estudios José Domingo Gómez Rojas

Desde Editorial Eleuterio nos hemos propuesto construir una biblioteca que abarque la mayor cantidad de expresiones anarquistas para poder incentivar el estudio y comprensión desde las perspectivas más amplias y cercanas a las raíces del pensamiento libertario.

Esta tarea significa recoger escritos literarios, investigaciones históricas, compilaciones de artículos anarquistas de difícil acceso y textos de pensadores anarquistas indispensables para todo aquel o aquella que desee estudiar la plenitud de la anarquía y su desarrollo en la actualidad.

Eleuterio es el adjetivo de la libertad, es decir, la libertad en el espíritu de hombres y mujeres.

— ALGUNOS TÍTULOS —

CONSTRUYENTE

101 definiciones del anarquismo,
de Grupo Gómez Rojas (eds.)

*Anarquistas de ultramar. Anarquismo,
indigenismo y descolonización,*
de Carlos Taibo

CUADERNOS DE LITERATURA

Rebeldías líricas,
de José Domingo Gómez Rojas

Tormento,
de Virgilia D'Andrea

DIVULGACIÓN ANARQUISTA

Doce pruebas de la inexistencia de Dios,
de Sebastián Faure

Por la anarquía,
de Ricardo Mella

TIEMPOS ÁCRATAS

La fuga de Kropotkin, de Rodrigo
Quesada Monge

Eliseo Reclus. Geógrafo anarquista,
de Rodrigo Quesada Monge
Liberación del trabajo,
de Georg Fr. Nicolai

Rojo pendón, negro color,
de Rogelio Cedeño Castro
*Anarquismo y revolución en Rusia
(1917-1921),*
de Carlos Taibo

*Anarquismos en confluencia. Chile y
Bolivia durante la primera mitad del
siglo XX*
de Ivanna Margarucci y Eduardo Godoy

MÁS INFORMACIÓN EN:

www.eleuterio.grupogomezrojas.org

eleuterio@grupogomezrojas.org



Libro proyectado por
Artes Gráficas Cosmos.
Publicado durante la
Semana Santa de 2019
en la apostólica ciudad
de Santiago de Chile.